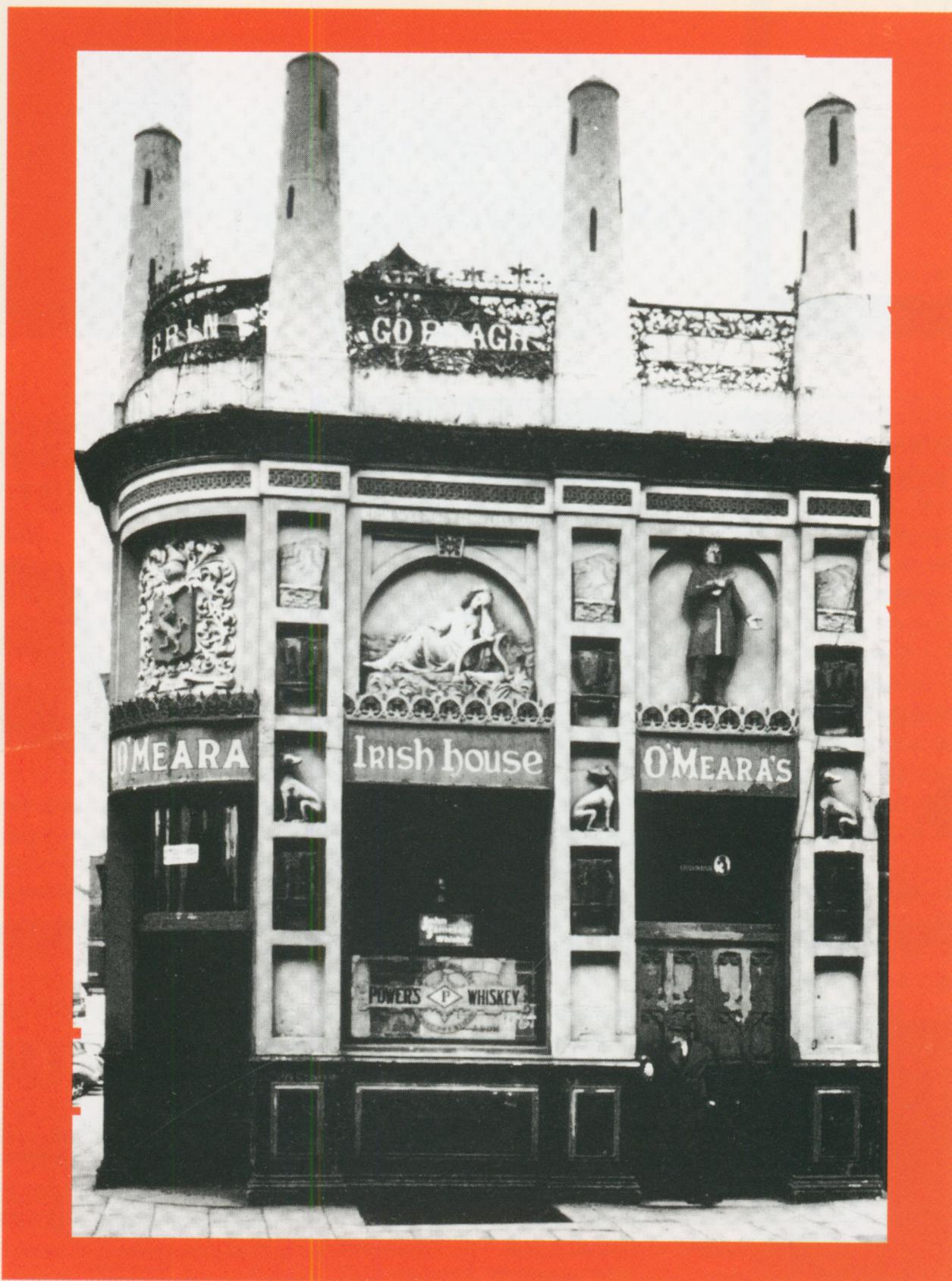


Boletín **80** Editorial

JULIO-AGOSTO DE 1999

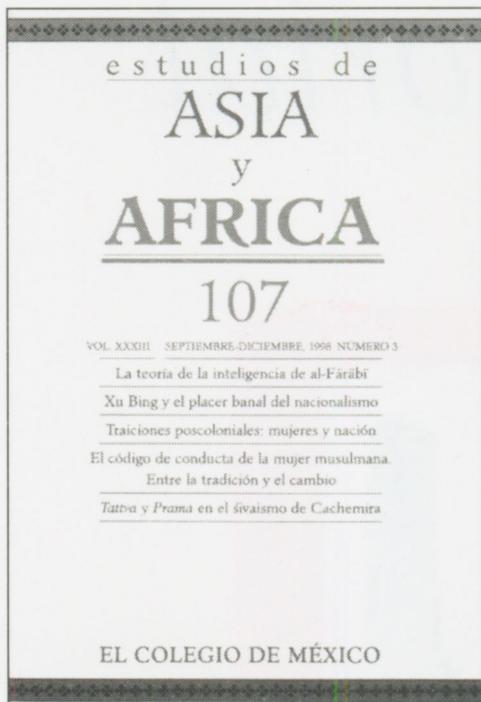


Mario Ojeda, profesor emérito

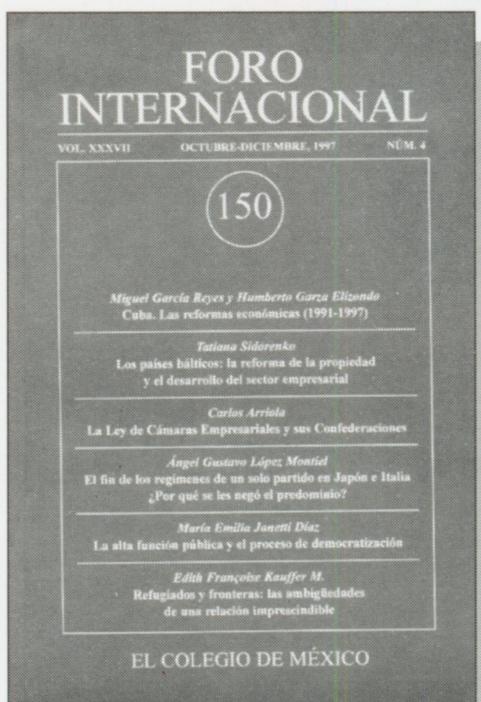
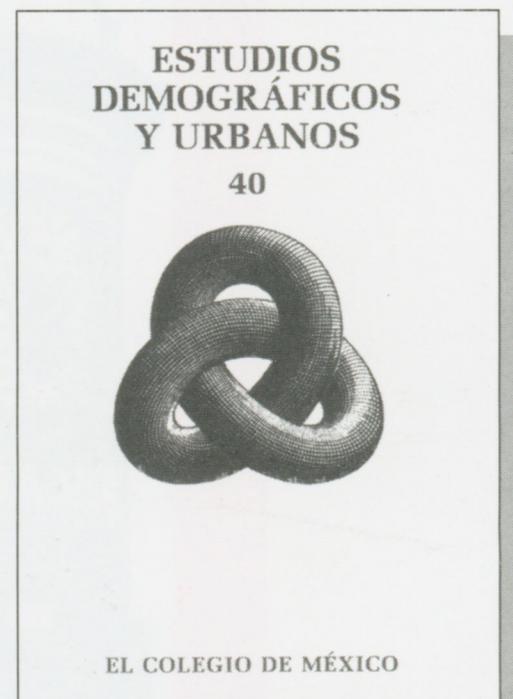
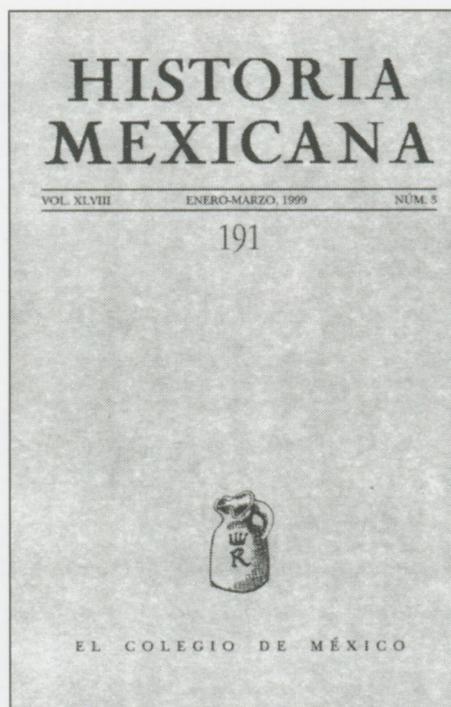
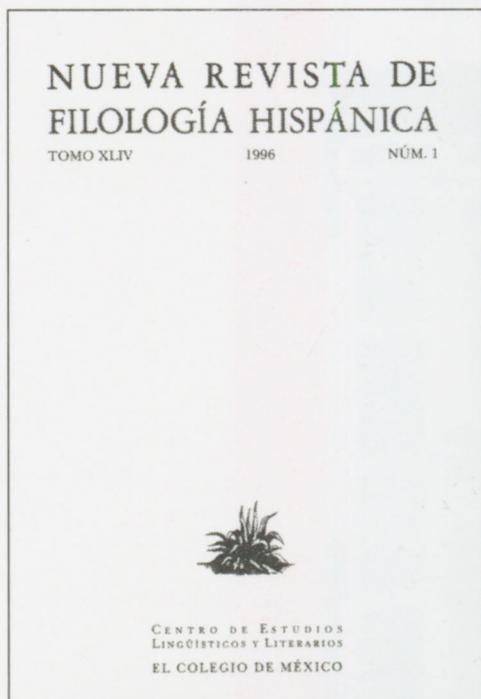
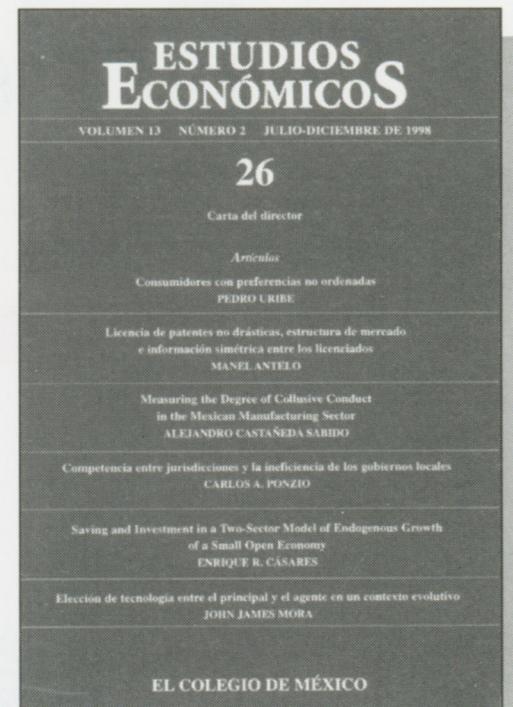
Puente entre países: Irlanda y México

Aproximaciones a James Joyce

La historia como aproximación al contexto



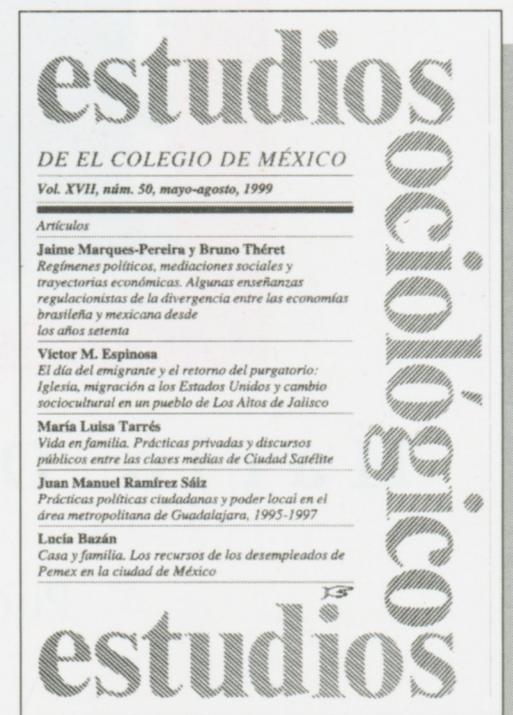
Publicaciones periódicas



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



El día 10 de junio, con un acto de homenaje a José Gaos —a treinta años de su fallecimiento— y a Alfonso Reyes —en el centenario de su natalicio— y con motivo de la presentación de *Itinerarios filosóficos*, epistolario entre ambos escritores, tan presentes primero en La Casa de España y después en El Colegio de México, dieron principio las actividades programadas en torno a los sesenta años del fin de la guerra civil española y la llegada del exilio español a nuestro país. Se reproducen las palabras pronunciadas por el Presidente de la República, doctor Ernesto Zedillo Ponce de León, el doctor Andrés Lira, presidente de El Colegio de México, y el doctor Leopoldo Zea en dicho acto.

ANDRÉS LIRA

Homenaje a Alfonso Reyes y a José Gaos

Señor Presidente, Dr. Ernesto Zedillo Ponce de León,
Señor Secretario de Educación Pública, Lic. Miguel Limón
Rojas
Señor Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México,
Dr. Francisco Barnés,
Distinguidos Miembros de la Asamblea de Asociados y de la Junta
de Gobierno de nuestra casa de estudios,
Señoras, Señores, amigos todos:

El deber de gratitud nos une al recordar la emigración republicana española este año, en que se cumplen los 60 del fin de la guerra civil que desgarró a España y preludió el sangriento desenlace de la segunda guerra mundial. En las instituciones donde la obra de aquellos españoles se ha hecho realidad, secundamos con gusto el llamado del Presidente de la República y acudimos al propósito común de la conmemoración.

Dentro del Aniversario se suma aquí y ahora el recuerdo de dos grandes trabajadores del espíritu. Hace 30 años, en la sala que lleva el nombre de Alfonso Reyes, al final de un examen de grado, falleció José Gaos. Era el 10 de junio de 1969. Alfonso Reyes se había adelantado en el camino de la ausencia material 10 años, murió, recordémoslo, el 27 de diciembre de 1959.

Sus palabras, como en tantas otras cosas que importan a la vida nacional, siguen siendo las que mejor recogen el sentido de la memoria frente a la emigración republicana:

¡Qué fácil [—decía Reyes en 1951 lamentando, con ocasión de la muerte de Eugenio Ímaz, la desaparición de otros transterrados—], qué odiosamente cómodo hacer donaire del destierro quien nunca probó su amargura! ¡Y qué ingratitud incalificable no reconocer cuánto debemos a nuestros hermanos españoles! Arrojadlos por el naufragio hasta las playas mexicanas, ellos trajeron consigo sus penates y nos han prestado sus fuerzas para las inacabables luchas del espíritu. A golpes de penas y trabajos —era fatal— uno que otro han ido cayendo. Sus lozas marcan los hitos de esa ardua jornada. No seamos menos que la tierra: apropiémonos de su memoria.

(Prólogo a Eugenio Ímaz, *Luz en la caverna...*, México, FCE, 1951, p. xi).

Las palabras de Reyes alejan el recuerdo de la autocomplacencia, la memoria es compromiso y responsabilidad. Así la asumimos aquí y ahora al ofrecer otras evidencias de la emigración republicana y de su obra en estas tierras. Se trata del diálogo epistolar que, a propósito de La Casa de España en México y El Colegio de México, sostuvieron a lo largo de 20 años José Gaos y Alfonso Reyes, a lo que se agrega los escritos del transterrado español sobre el hombre a quien siempre vio como amigo y admirado presidente. Con palabras del mismo Gaos llamamos al libro *Itinerarios filosóficos*; es un cuarto volumen de la Serie "Testimonios", iniciada el año pasado en otra conmemoración que culminó con la publicación del decreto presidencial del 19 de agosto, en el cual se reconoce plenamente la calidad de escuela libre universitaria y autonomía consecuente de nuestra casa de estudios.

Seguiremos trabajando para afirmarla y darle su sentido propio en las tareas cotidianas.

Al lado de esa colección de cartas y escritos ofrecemos también obras monográficas y documentales como la de José Antonio Matesanz *Las raíces del exilio. México ante la Guerra Civil Española, 1936-1939*, y *Las Españas, historia de una revista del exilio (1946-1963)*, de James Valender y Gabriel Rojo Leyva. Vendrán más, por lo pronto en estos días en los que nuestra máxima casa de estudios pasa por otra de las difíciles pruebas que se le han impuesto, las recogemos en una Jornada que intitulamos *Responsabilidad de la Universidad* parafraseando el título *Responsabilidad de la inteligencia*, con el que Medina Echavarría dio a conocer algunos de sus ensayos en 1943. La Jornada ofrece visiones lúcidas de las limitaciones y dificultades de las casas de estudio en la sociedad de masas; los autores asumen con voluntad decidida la reflexión sobre el ambiente universitario concibiéndolo, pese a todo y contra todo, como el ámbito del que han de salir las ideas. Es un llamado al respeto de la autonomía universitaria como principio clave de la vida social, pues querámoslo o no, son nuestras sociedades, potencias especializadoras tanto en las tareas de la cultura como de la barbarie tecnificada. Es indispensable definir y defender los espacios para la dedicación plena de las tareas del entendimiento. Sobre ello tenemos que seguir trabajando. Creemos que ésta es la forma consecuente de apropiarnos de la memoria de los grandes trabajadores del espíritu de quienes habló y a los que se sumó, propiciando ese espacio, Alfonso Reyes.

LEOPOLDO ZEA

José Gaos

(1900-1969)

Hace 30 años, el 10 de junio, el maestro José Gaos, mi maestro, murió en esta Casa: El Colegio de México. Esta institución que fue la continuación de La Casa de España, creada por decisión del presidente Cárdenas, en la que los más destacados maestros de la España republicana, obligados al éxodo por la guerra civil en la Península, pudieron continuar su trabajo. No destierro, sino transtierro como él lo expresó.

Es importante que los actos conmemorativos del maestro hispano-americano se inicien en esta su primer Casa en México y hablemos, ante el presidente de la República Ernesto Zedillo, su primer discípulo y el último, a partir de los cuales se puso en marcha y se cerró virtualmente una obra que ha tomado dimensiones de las que lamento que él no pueda ser testigo.

Los discípulos y los discípulos de los discípulos del maestro José Gaos se han propuesto conmemorarlo en los diversos lugares de la tierra a donde ha llegado su influencia: América Latina, España, Europa y Estados Unidos. La conmemoración será entre el 10 de junio de 1969, fecha de su muerte y el 26 de diciembre del año 2000 en que se cumplen cien años de su nacimiento en Gijón, España. Quiero invitar al gobierno de España, a recordarlo como lo está haciendo el Gobierno de México, cuya máxima autoridad está aquí presente. José Gaos es nuestro, pero también es de los españoles. No debe ser iniciativa mexicana y latinoamericana, sino hispano-americana, como Gaos entendió la relación entre la América Hispana, es decir, la Latina y la Península Ibérica. Como una y sola gran nación a uno y otro lados del Atlántico, inserta en la Nación de naciones profetizada en esta región.

En 1969 en El Colegio de México, que entonces estaba en las calles de Guanajuato, yo tenía un cubículo que me permitía escapar por las mañanas, del mundanal ruido, de mis oficinas en la Facultad de Filosofía y Letras de la que era entonces Director. El 10 de junio que recordamos, se me presentó intempestivamente el maestro Gaos. A una persona que estaba conmigo le indicó que se saliese porque él tenía prisa en hablarme. ¿Presentía lo inevitable? Habló, me entregó un testamento olográfico y me hizo varios encargos. Luego se refirió a lo que sabía de mí y me expresó lo satisfecho que estaba con mi trabajo. Entonces me hizo una pregunta: "Zea, usted ha visitado varias veces Europa". "¿Ha ido a España?", "¡No!" le contesté. "¿Por qué?" me replicó. Se enojó porque le contesté: "¡Por usted!" Dio un puñetazo en mi escritorio y me dijo "¡Zea, ésa es mi guerra y no la suya! Yo no puedo ni debo regresar mientras no vuelva la democracia. Pero usted no tiene por qué no ir, tiene que hacerlo y me lo promete ahora mismo. Debe ir con Franco o sin Franco. Usted está empeñado, como yo, en comprender esta nuestra rica identidad, que ha originado la España al uno y otro lado del Atlántico. Usted debe conocer en vivo la otra parte de esa su rica identidad".

Ese día, en la tarde, recibí la noticia de la muerte de mi maestro. Tenía que cumplir el compromiso. Cumplirlo como otros más, con los que gene-

rosamente me había cargado para hacer de mí lo que él quería que fuese. En 1971 pude cumplir mi promesa de visitar España, aun con Franco. Su hijo José Ortega Sportorno, fundador de Alianza Editorial y que había publicado mi libro *América en la historia*, donde me refería a España, de la que conocía sólo su historia, me organizó un amplio programa para visitar España y me ayudó a realizarlo. He vuelto muchas veces y he podido ser testigo de los cambios que se han hecho en esa nación, para hacer de ella la España democrática que es ahora. Sólo lamento que mi maestro no haya podido ser testigo de esta transformación.

"España —escribió Gaos— es la última Nación Hispano-Americana que falta de independizarse de sí misma." Vio en los sucesos de 1898, la guerra entre el imperio español y el que surgía en América, Estados Unidos, el punto de partida para la integración de la Vieja y la Nueva España. Las dos habían sufrido el dominio de un imperio, en donde nunca se ponía el sol y que trataba de sostenerse, aun sin territorio, en la guerra civil, originando el transtierro, que sería la culminación de esta integración. Cuadro en donde se han situado y se sitúan mis propias preocupaciones.

De mi maestro José Gaos aprendí a no negar a mis maestros ni a sentir menoscabo si me superaban mis discípulos. A pesar de esto he sufrido celos de algunos de mis maestros y el afán de anularme, porque supuestamente les estorbo, de algunos de mis discípulos. José Gaos en sus *Confesiones* habla de mi espantosa puntualidad y me dice: "¡Querido Zea, perdóneme usted que, confesándome a mí mismo, le haya confesado un poco a usted! ¡Qué quiere usted! ¿Quién de los dos tendría la culpa de que sea usted el mayor éxito de mi vida como profesor? Si toda vocación y profesión debe justificarse con las obras, y usted no existiese, tendría que inventarle". He hablado de las generosas obligaciones que me ha dejado mi maestro para ser lo que él quería que fuese, ésta es una de esas cargas, tratar de justificar con mi trabajo a mi maestro.

Otra difícil y gran carga, que no sé si estoy cumpliendo, me la asignó cuando en una ocasión me dijo: "¡Zea, por lo que está haciendo y cómo lo hace, está condenado a ser filósofo!" En Carta abierta comentando un libro mío me dice: "Usted está suficientemente preparado para desarrollar una interpretación filosófico-histórica y para llevar a plenitud la nueva filosofía anunciada". Creo "querido Leopoldo que este libro confirmará definitivamente la consideración, en que ya se le tiene a usted internacionalmente, de ser uno de los maestros de la filosofía de estos países, en materia de historia de las ideas, y por lo mismo sin limitaciones de lugar y tiempo, pues cuanto más auténticas son las expresiones de una circunstancia, las creaciones de la cultura, tanto más significativas para las demás circunstancias universales. Creo lo uno y espero lo otro".

Éstas son algunas de las herencias que me dejó mi maestro. He recibido inesperados reconocimientos que comparto con quienes nos formamos con el maestro Gaos y con quienes han recibido el impacto de su generosa enseñanza y está originando hoy día preocupaciones de identidad, que parecían ser sólo propias de pueblos marginados como los nuestros, pero que son ya también de los marginadores.

La generosa carga parece más pesada e inútil cuando se dice: "Eso no es filosofía, es historia, psicología, sino habla de lo eterno, de lo que no es y no puede ser de otra manera. ¡Filosofía de la Historia? ¡Es peor la historia y mala filosofía! que sólo pueden hacer gentes y pueblos que no pueden ser sino lo que son. Sólo me interesa filosofar como instrumento para comprender y ser comprendido". ¿Qué hacer con la generosa carga de mi maestro José Gaos? Simplemente decir, remedando a Hegel, si la filosofía no atiende a los problemas concretos de lo humano, peor para la filosofía.

Palabras

del Dr. Ernesto Zedillo Ponce de León Presidente de la República

Sr. Presidente de El Colegio de México,
Sr. Rector de nuestra Universidad Nacional,
Sr. Embajador de España en México,
Señoras y Señores:

Es para mí especialmente grato estar con ustedes en esta ceremonia, en la que traemos a nosotros la memoria del Exilio Español llegado a México hace 60 años, los Republicanos Españoles contribuyeron, de manera definitiva, a la construcción del México actual, su participación abarcó todos los campos, la ciencia, las ideas y las artes, los negocios en la industria, el deporte y la vida social, muchas de las instituciones que hoy tenemos en México, sobre todo, científicas y académicas fueron fundadas con la participación de aquel notable grupo de hombres y mujeres, este Colegio, El Colegio de México es un claro ejemplo, otro más es el Fondo de Cultura Económica, muchas otras instituciones de cultura, enseñanza, investigación y servicio al pueblo, se beneficiaron con la incorporación de aquellos transterridos, sería difícil hoy en día encontrar un mexicano que tenga un papel de relevancia y que no manifieste su influencia directa o indirecta de alguno o de varios de los miembros de aquella generación.

El exilio español constituyó un vigoroso y muy fecundo "injer-to" de hombres y mujeres instruidos, capaces y talentosos que trajeron a nuestro país innumerables e invaluable innovaciones y que aportaron a nuestro desarrollo sus conocimientos, su talento y su capacidad de trabajo, vinieron a México muchos de los que habían constituido la República Española, que con ser un régimen democrático, fue un movimiento con profundo sentido libertario al que defendió decidida y espontáneamente el pueblo español, los exiliados españoles, fueron personas sensibles, laboriosas y generosas, que se sumaron plenamente a nuestra vida, reconocieron en México una nueva patria de esperanza y supieron corresponder al recibimiento fraternal de los mexicanos con entrega, nobleza y gratitud, los acontecimientos que provocaron la llegada a México de los republicanos españoles, fueron lamentables y muy dolorosos, pero más allá de su dimensión trágica en la historia del México contemporáneo, su arribo a nuestro suelo fue

un hecho muy afortunado, un hecho que en mucho se debió a la solidaridad, la visión y el humanismo del Presidente Lázaro Cárdenas y también un hecho que fue posible porque México era y es una tierra de tolerancia, libertad y trabajo, dedicada a consolidar sus instituciones y a mantener la paz, mientras México estaba surgiendo con un ímpetu nuevo alentado por la primera revolución social del siglo y por una Constitución visionaria, progresista y popular, en muchas regiones del mundo persistía el colonialismo y en buena parte de nuestra América se habían impuesto dictaduras militares, recordemos que en el mundo prevalecían la crisis económica y la propaganda bélica, caudillismos, fanatismos y persecuciones étnicas y religiosas que desembocaron en la segunda guerra mundial, con las decenas de millones de muertes, el horror de los campos de exterminio, la destrucción de buena parte de todo un continente y la devastación nuclear, mientras eso ocurría en el resto del mundo, en México se lograba una estabilidad política y una paz social sin paralelo en América Latina, mientras en otras latitudes se padecían las pesadillas del "nazismo", el fascismo, el comunismo totalitario, el racismo y poco después el marxismo, en México se sucedieron pacíficamente los gobiernos civiles y se crearon instituciones sólidas en un marco de libertades y de trabajo, en un mundo desgarrado por odios irracionales, México fue tierra propicia para que se expresaran con libertad ideas perseguidas y se profesaran cultos proscritos en otras partes, para que vivieran y trabajaran quienes por razones ideológicas y étnicas eran exterminados en sus patrias, en vez de destierros y juicios sumarios, en México se publicaban obras prohibidas en los países de los propios autores, en México los artistas podían desplegar su creatividad y su pensamiento crítico, en México las instituciones académicas de cultura y de Bellas Artes auspiciadas por el gobierno, dieron espacio a la inconformidad ante la injusticia y la universalidad del espíritu humano, a las personas y a las ideas, a raíz de la guerra española y de la segunda guerra mundial, México recibió a los exiliados republicanos y exiliados de otros países europeos, casi 40 años después cuando por fin aquellos españoles tuvieron la posibilidad de volver a su tierra, la mayoría decidió quedarse en México donde sus hijos y nietos siguen honrando el ejemplo de amor a nuestra patria que recibieron de los transterridos.

Después del exilio español en los años setenta, recibimos a muchos hermanos latinoamericanos, la mayoría de ellos han hecho de México su segunda patria, las libertades en México nunca fueron canceladas, por el contrario se han fortalecido, durante los últimos 20 años con la participación decidida del pueblo, con la formación y el desarrollo de las organizaciones políticas y con la voluntad de cambio del Estado, hemos construido una democracia que ha entrado ya a su consolidación definitiva, México sigue y seguirá siendo tierra de libertades, es verdad, los mexicanos seguimos y seguiremos profesando un nacionalismo que se nutre del profundo orgullo por nuestras raíces, por nuestra pluralidad y por la generosidad de nuestro pueblo, pero se trata de un nacionalismo nunca excluyente ni agresivo, un nacionalismo abierto al mundo, que se enriquece con el contacto permanente con las demás culturas, hoy al reavivar la memoria del exilio español, rendimos un homenaje a ese gran mexicano universal que fue Alfonso Reyes, de quien este año se cumplen 40 años de su muerte, uno de los brillantes fundadores del Ateneo de la Juventud, Reyes vivió en España cerca de 10 años, de 1914 a 1924, donde entró en una fructífera relación con los intelectuales de ese país entre quienes adquirió un sólido prestigio, su intenso trabajo como traductor y escritor motivó su ingreso al Centro de Estudios Históricos de Madrid, años más tarde siendo embajador de México en Argentina realizó una defensa pertinaz y decidida de la República española en medio de un ambiente contrario a la misma, Reyes admiraba profundamente a la República española, por ello, al volver a México en 1939, fue casi natural que el Presidente Cárdenas lo designase Presidente del patronato de la recientemente fundada La Casa de España en México y cuando ésta se transformó en El Colegio de México fue su primer Presidente, su nombramiento no pudo ser más acertado, si otros dos grandes mexicanos como lo fueron Genaro Estrada y Daniel Cosío Villegas, realizaron el trabajo necesario para ser posible la llegada a México de los exiliados españoles, Alfonso Reyes creó el ambiente humanístico idóneo que requería la nueva institución, los intelectuales españoles lo conocían y respetaban y su conocimiento de la vida y las instituciones académicas de España le permitió edificar una institución con la que los exiliados se sintieron familiarizados de inmediato, gracias a su permanencia en El Colegio de México al que confirió el grado de excelencia que hasta ahora conserva, Reyes pudo dedicarse plenamente a su vocación de humanista, acaso más extensa de cuantas se hayan conocido en México y sin duda una de las más lúcidas, la enorme producción ensayística, filosófico-literaria y epistolar de Reyes, así como sus trabajos de traducción y difusión de las obras clásicas de la literatura universal, son uno de los más valiosos tesoros culturales de México,

hoy recordamos también exactamente en su trigésimo aniversario luctuoso, a uno de aquellos republicanos que nos enriquecieron José Gaos, un hombre de pensamiento, maestro excepcional y uno de los forjadores de nuestra cultura contemporánea, de Gaos es grato recordar entre tantas cosas su actividad como Maestro Insigne de este Colegio, como traductor y filósofo y también su vocación republicana que en nuestros días dan nueva vigencia a sus ideas, como filósofo y como ciudadano, Gaos vio en la República española la posibilidad de una España liberal abierta al mundo, cuando la guerra civil canceló esa posibilidad, Gaos cruzó el mar y vino a México, Gaos no quiso sentir que vivía en el exilio, no quiso enfatizar su separación de España, sino su empatriación, así lo decía él, su empatriación en México, no quiso considerarse desterrado, sino transterrado, con esto subrayó la profunda afinidad histórica y cultural entre España y México, como naciones libres y soberanas unidas por poderosos lazos de amistad y respeto, felizmente México y España se encuentran hoy en día más hermanadas que nunca, como regiones que buscan por derecho propio el desarrollo, la dignidad y la prosperidad que conocen su enorme potencial para el siglo XXI, que están conscientes de las ventajas mutuas que les ofrecen la cooperación y el libre intercambio, América Latina y Europa se disponen a celebrar el 28 y 29 de junio la primera cumbre de su historia de región a región, la primera, desde que la inmensa mayoría de los países de América y de Europa se constituyeron como naciones libres y soberanas como Estados nacionales y regímenes democráticos, esta cumbre tendrá lugar en Río de Janeiro y que por la parte americana yo tendré el honor y el gusto de copresidir con el Presidente de Brasil Fernando Enrique Cardozo otro muy buen amigo de El Colegio de México, abre un espacio inmejorable para el entendimiento entre Europa y América Latina, México acudirá a ella animado por el convencimiento de que la apertura y la cooperación entre las naciones marcan el único camino posible para construir el mundo de justicia, democracia, paz y prosperidad compartida en que queremos vivir, México acudirá a la cumbre de Río, animado por los mismos principios que han guiado nuestras relaciones con el exterior a lo largo de este siglo y que sostienen la política invariable por la que abrimos nuestras puertas al Exilio Español, como dijo hace 20 años Octavio Paz al recordar a los poetas que llegaron con el exilio, y cito sus palabras, su presencia fue algo más que un estímulo, fue una confirmación, el trato con ellos no sólo nos permitió conocerlos más íntimamente, sino por medio de nuestras coincidencias y de nuestras diferencias, también aprendimos algo de nosotros, conocer un poco a los otros nos ayuda siempre a conocernos.

Muchas gracias.

ÍNDICE

Puente entre países: Irlanda y México

■ *Mary McAleese* ■ 2

Un camino a James Joyce

■ *Jaime Echeverri* ■ 6

James Joyce y sus alrededores

■ *Alejandro Toledo* ■ 9

Retrato con El Colegio de México de fondo

■ *Mario Ojeda Gómez* ■ 14

Mario Ojeda: profesor emérito

■ *Francisco Gil Villegas M.* ■ 24

La historia como aproximación al contexto

■ *William B. Taylor* ■ 30

Ilustraciones de este número

de la página 2 hasta la 13 tomadas de *James Joyce*, Chester G. Anderson, Thames and Hudson, 1967

De la página 14 a la 32 tomadas de *50 Aniversario del exilio español* INBA, 1989.

EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D.F., Teléfono 5449 3000, ext. 3082, Fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ Secretario general DAVID PANTOJA MORÁN ■ Coordinador general académico CARLOS ROCES DORRONSORO
■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo HUMBERTO DARDÓN ■ Director de Publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUÍZ ■
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 80, JULIO-AGOSTO DE 1999

Diseño IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ Corrección GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ Portada O' MEARA'S IRISH HOUSE,
DUBLÍN. FOTOGRAFÍA DE EDWIN SMITH.

Impresión Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 6878 y de contenido, núm. 7972, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 20 de
enero de 1993; núm. de reserva 2441-93

MARY McALEESE

Puente entre países, Irlanda y México

Señor Presidente de El Colegio de México,
distinguidos directores de los Centros de Estudios,
distinguidos invitados:

Es un honor para mí haber sido invitada a visitar este Colegio de México y dirigirme a la distinguida audiencia aquí reunida hoy. Estoy profundamente agradecida por el calor de su acogida y por sus generosas palabras de presentación.

Cuando tuve el honor de dirigirme al Senado hace unas horas, hablé de los avances de la economía irlandesa a lo largo de los años desde nuestra independencia en 1922, y de los enormes cambios que han ocurrido en Irlanda desde entonces. Nuestro éxito económico, sobre todo en estos últimos años, ha sido notable. Pero las cosas no siempre han sido así.

En el momento de la independencia, la economía irlandesa era en gran parte agrícola, y casi en su mayoría dependiente de un mercado: el de Gran Bretaña. La industria que existía en aquel entonces estaba concentrada en Dublín y en alguno que otro puerto. Desde su nacimiento, el Estado irlandés se apoyaba en el proteccionismo económico; la inversión extranjera era mínima. Durante varias décadas, Irlanda no veía otra alternativa a la pesada dependencia de la economía británica, para la cual Irlanda era una fuente barata de mano de obra y de alimentos. Los sucesivos gobiernos irlandeses intentaron, durante las cuatro décadas primeras de la existencia del Estado, actuar sobre el serio desequilibrio de la economía de nuestro país, con un éxito limitado.

Parecerá irónico que en el momento en que estábamos intentando establecer nuestra independencia de

Gran Bretaña —nuestros colonizadores de antaño—, hubiéramos continuado existiendo hasta tal punto en un estado de dependencia de ese mismo país. No obstante, quizás no sea tan sorprendente. Nuestra relación histórica nos había dejado en un estado de subdesarrollo económico, pero también, crucialmente, sin confianza alguna en nuestros propios talentos y en nuestra cultura para buscar nuevas oportunidades. Nos medíamos constantemente contra la única vara de medir que jamás habíamos conocido —la de Gran Bretaña—, y nos creíamos, de manera autodestructiva, limitados en términos de nuestra economía, nuestra cultura, nuestra música y nuestra lengua.

En todas esas esferas que determinan el éxito y la autoestima de una nación. Nos aislamos contra un mundo cuya historia ya nos lo había demostrado, era un mundo hostil, y en el proceso, nos infligíamos daño a nosotros mismos.

En los años sesenta, Irlanda empezó a alejarse de esta política económica aislacionista y a caminar hacia la creación de un clima de inversión que estimulase a las compañías extranjeras de exportación a situarse en Irlanda. Habernos apoyado en el proteccionismo, dio paso a un enfoque más abierto y más orientado hacia el comercio; esto sembró las semillas de las que ha nacido el éxito de hoy día.

En 1973, Irlanda dio el paso más decisivo para el desarrollo económico moderno al acceder a la Comunidad Económica Europea, como se llamaba entonces. Ser país miembro, abrió nuestra economía a influencias y oportunidades de fuera. Los atractivos de Irlanda como base para la industria de manufactura fueron au-

mentando grandemente. Algunas compañías estadounidenses, japonesas y europeas respondieron positivamente.

Desde 1973, como miembro de lo que ha sido durante largo tiempo, el mercado mayor del mundo, el comercio ha sido el motor del crecimiento de la economía irlandesa. Efectivamente, incluso a nosotros nos ha sorprendido vernos en estos últimos años, siendo el tercer país del mundo, per cápita, de mayor exportación, tras Singapur y Bélgica.

Situarse las compañías exportadoras extranjeras en Irlanda junto con el desarrollo de un sector comercial indígena en alza, nos ha llevado a un *boom* comercial durante los últimos diez años.

The economic aspects of our membership of the European Union, crucial though they were, tell only half the story. The EU provided us with a channel through which we could break our overwhelming reliance on Britain, both economically and culturally, and gradually come to a more mature and healthy relationship with that country. Europe provided a showcase for our culture, music, literature and traditions.

We found, to our surprise, that we were admired for those very things we had held so cheaply, and that admiration inspired us with a new found confidence in our own self-worth. That sense of self-esteem, of being able to compete with the best, has spilled over into other areas, not least the economic sphere, and contributed in so small part to our current success.

One of the reasons we were able to take advantage of the trading opportunities the EU offered, was the availability of a highly skilled and well-educated work force. We

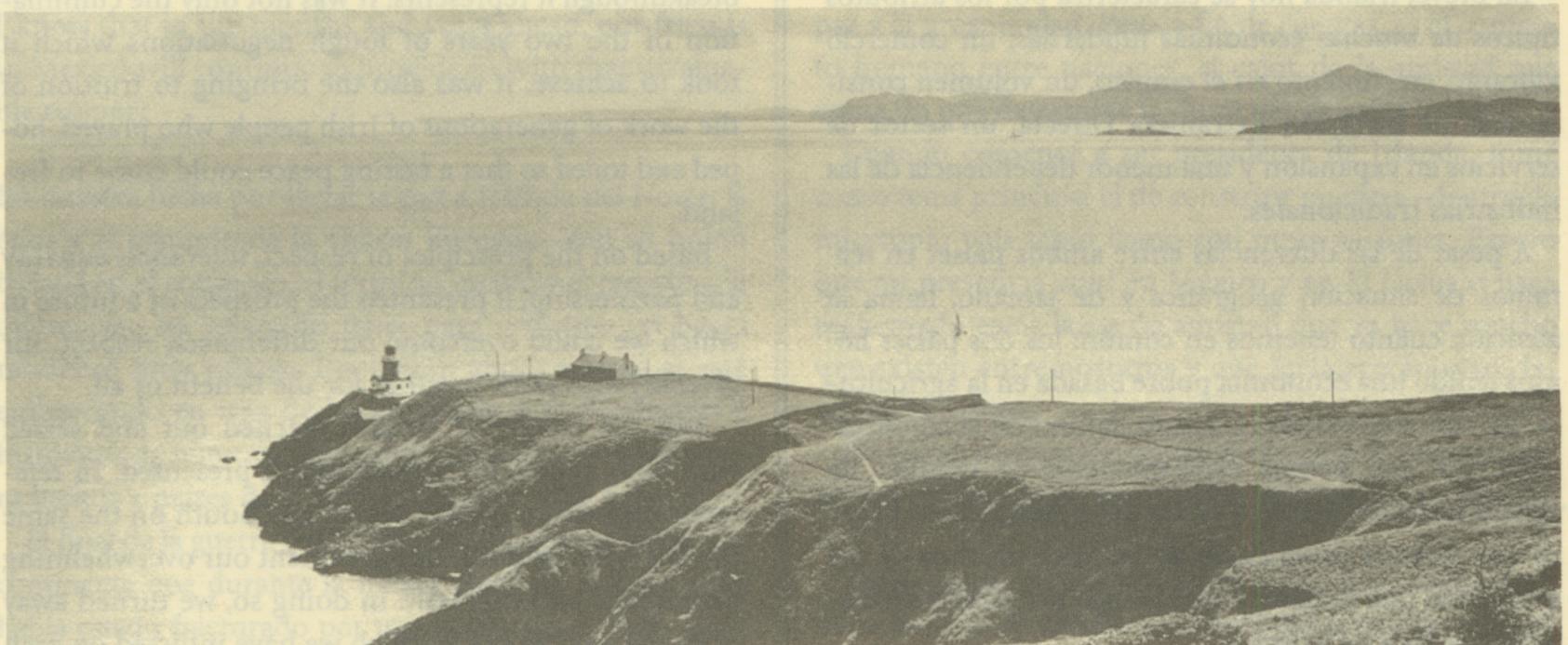
have invested heavily in education over the years, particularly in those areas of most relevance to modern industry.

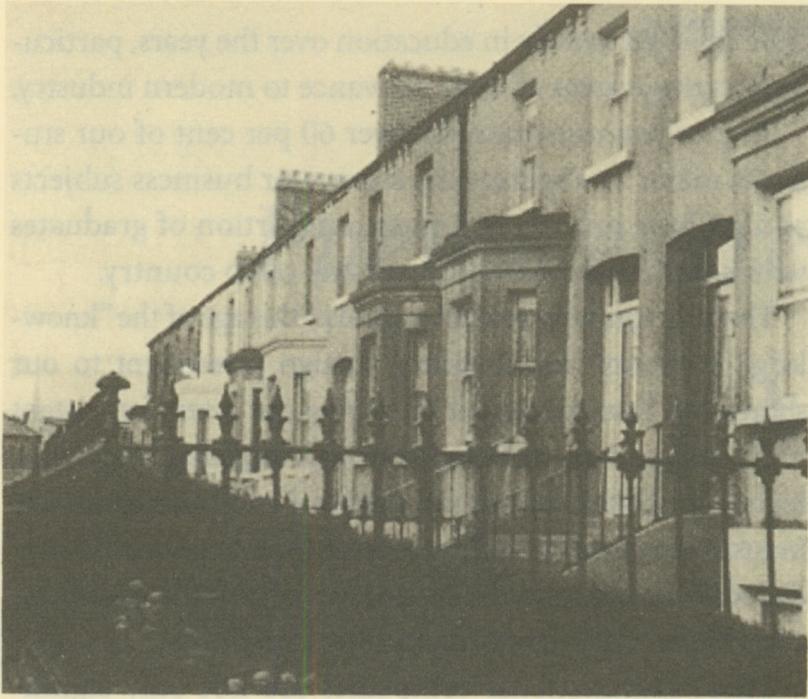
To give just one example, over 60 per cent of our students major in engineering, science or business subjects and we have one of the highest proportion of graduates with scientific qualifications of any OECD country.

These factors have proven critical in this age of the "knowledge economy" for attracting foreign investment to our shores. We have succeeded in carving out a very important niche as a gateway to Europe through targeting high value, high-tech sectors such as the chemical and pharmaceutical industry, electronics, and more recently, internationally-traded services and software. Indeed we are now the world's second largest exporter of microchip technology.

These multinational companies are not only significant generators of highly paid employment, but have supported the development of indigenous companies to service their requirements. The skills and experience they offer to graduates has enabled many young Irish people to subsequently establish their own companies. This has been especially evident in the computer software sector.

No me cabe la menor duda de que nuestra fama como gente con capacidad de ir más allá de las diferencias culturales, de construir amistades calurosas y relaciones de confianza han sido factores significativos para este logro. En efecto, nuestra tradición como país de emigración, que durante tanto tiempo fue una desventaja, se ha convertido ahora en una fuerza. Muchos emigrantes ahora han vuelto a nuestro país, trayendo consigo una riqueza de experiencia y energía. También tenemos una red muy valiosa de gente irlandesa y de sus descendientes alrede-





dor del mundo, cuya buena voluntad y apoyo han sido de gran ayuda.

Esa fama de apertura y de amistad es todavía más importante para el éxito de la industria turística. El turismo es de extrema importancia para la economía irlandesa —como lo es para México— y es una de las mejores fuentes de divisas. Me da gusto ver que la oficina de Información y Turismo irlandesa y la del Norte de Irlanda operan conjuntamente para hacer el marketing de la isla toda como destino atractivo para los turistas. Es un ejemplo del gran espacio que existe para la cooperación mutua en el futuro entre las dos partes de nuestra isla; un espacio que sin duda crecerá y se expandirá mediante los mecanismos establecidos en el Acuerdo del Viernes Santo, tema sobre el que volveré más adelante.

En breve, Irlanda hoy se caracteriza por los atributos típicos de muchas economías modernas: un comercio vibrante, crecimiento en el empleo, un volumen considerable de Inversión Extranjera Directa, un sector de servicios en expansión y una menor dependencia de las industrias tradicionales.

A pesar de las diferencias entre ambos países en términos de situación geográfica y de tamaño, llama la atención cuánto tenemos en común: los dos países hemos tenido una economía pobre basada en la agricultura; los dos conocemos el legado dañino de la colonización; los dos hemos experimentado la pérdida de generaciones de jóvenes a causa de la emigración. Espero que nuestra experiencia de resolver muchos de los problemas que teníamos antes tenga un valor y sea beneficiosa aquí en México.

Quizás dicho así todo suene tan fácil —no ha sido ése el caso. Ha requerido decisiones difíciles y una administración fiscal ajustada a través de los años. Un importante incentivo para reformar nuestra economía ha sido la determinación, por nuestra parte, de participar desde el principio en el euro —la moneda única Europea— lo cual requirió ajustarnos a una serie de criterios fiscales rigurosos.

Dudo que hubiéramos logrado nuestro intento de retener el apoyo de patronos, de empleados, de los sindicatos y del público en general sin una cooperación muy lograda.

Por medio de esta cooperación, se produjeron una serie de acuerdos nacionales que fueron cumplidos a rajatabla; lo cual nos permitió controlar las demandas de aumentos de sueldo, a corto plazo a cambio de beneficios para todos a largo plazo. Ese consenso, esa madurez y esa visión han permitido que Irlanda permanezca en el corazón de Europa y han reformado y vuelto a dar energía a nuestra economía a la vez que han generado empleo y nuevas oportunidades para todo el mundo.

Yet despite our economic success, one dark and terrible stain still remained on our landscape: the continuing violence in Northern Ireland. Earlier I mentioned the role of the Good Friday Agreement in bringing peace and prosperity to our island. That Agreement was signed almost exactly a year ago, by the British and Irish Governments and the political parties in Northern Ireland. It is hard to express in words what a remarkable breakthrough it represents. It was not only the culmination of the two years of tough negotiations which it took to achieve, it was also the bringing to fruition of the work of generations of Irish people who prayed, hoped and toiled so that a lasting peace could come to Ireland.

Based on the principles of respect, tolerance, equality and partnership, it presented the prospect of a future in which we could overcome our differences, respect our diversity and work together for the benefit of all.

And the people of Ireland reached out and seized with both hands the opportunity it presented. In referendums held in Ireland North and South on the same day last May, we gave the Agreement our overwhelming democratic endorsement. In doing so, we turned away from the terrible hurts which we have inflicted on each

other in the past and towards a time of healing. We committed ourselves to a great project of reconciliation between our people and now have the best opportunity for a lasting peace that we have ever known.

In the past year our politicians have worked day and night to put flesh to the Agreement's bones. We can, I believe, rightly feel proud of the considerable distance we have travelled in the past twelve months.

But, of course, it has not all been plain sailing. We have, perhaps inevitably, encountered difficulties in implementing certain aspects of the Agreement. We have continued to witness barbaric acts of violence, that are all the more shocking in this new climate. But such difficulties should not blind us to the momentous change that is underway.

A new partnership is emerging which sees people working together who would have been reluctant to even speak to each other but a few years ago. We see a closer than ever working relationship between the British and Irish Governments, both fully committed to seeing the immense potential of the Agreement fully realised. We see people from all walks of life –business, community groups, women's groups– making a real contribution to the construction of a new society, reaching out across the great divides which have historically kept our two great traditions apart.

And in carrying out this important work, we have been enormously privileged to receive the support and encouragement of our friends throughout the world. I can assure you that it has been a great source of comfort throughout the difficult process in which we are engaged. I know that in the months and years ahead, our friends in Mexico will continue to provide us with that invaluable support.

En nuestra lucha por llevar la paz a Irlanda del Norte, la ética y el ejemplo de la Unión Europea –con su unión basada en el consenso, el término medio y el respeto a la diferencia– ha resultado tener para nosotros un papel modélico muy valioso. Esa Unión ahora mismo se está embarcando en una de las empresas más desafiantes e históricas de nuestros días –el proceso de agrandarla para incluir a países de la Europa Central y del Este.

El final de la guerra fría ha desplegado nuevas vistas. Un continente que durante la mayor parte de nuestro siglo había estado fracturado por una profunda división ideológica vio las posibilidades de convertirse en un continen-

te sin divisiones, de países libres y democráticos, a pesar de la violencia en y alrededor de Kosovo, aunque los problemas en Kosovo nos han llenado de miedo y angustia. La curación de las divisiones es, después de todo, el ideal central del cual nació la Unión Europea. Su expansión para incluir a nuevas democracias en la Europa Central y del Este pronto se vislumbró tanto como necesidad política cuanto como oportunidad histórica para la Unión Europea. Nosotros en Irlanda, que ya hemos alcanzado la mayoría de edad como nación con la ayuda de la Unión Europea, damos la bienvenida sin dudas a esta expansión.

En todo caso, creemos que la Unión deberá a la vez permanecer abierta al mundo más amplio y jugar un papel externo en la medida de su potencial y de sus responsabilidades. El Acuerdo de la Unión Europea-México sobre Asociación Económica, Coordinación Política y Cooperación marca un avance muy significativo a todos los ámbitos de nuestra cooperación política y económica; demuestra la importancia que la Unión Europea y México conceden a su relación mutua.

Nosotros en Irlanda acogemos plenamente la oportunidad que nos brindará de fortalecer las relaciones existentes entre México y la Unión Europea, y en efecto, construir sobre la amistad y la buena voluntad que ya existe entre nuestros dos países.

A medida que nos acercamos al nuevo milenio, vivimos en un mundo que va creciendo en interdependencia. Los acuerdos formales entre Estados y Uniones pueden proporcionar un marco de referencia para la construcción de lazos más cercanos, de los cuales dependan la paz y la prosperidad. Pero, a fin de cuentas, es el contacto humano entre naciones, el calor de la amistad que exista, lo que determine la duración de estos lazos.

Cuando comencé a ser presidenta de Irlanda, tomé como tema principal el de construir puentes –dentro de mi propio país tanto como con otras naciones. Espero que mi presencia aquí en México y en El Colegio haya reafirmado estos lazos de amistad que ya hace mucho que existen entre nosotros y que fortalecerán otros lazos en el futuro.

De nuevo me gustaría agradecerles de todo corazón haberme concedido la oportunidad de dirigirme a ustedes.

Transcripción del discurso pronunciado en el auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México por la presidenta de Irlanda el día 6 de abril de 1999. €

JAIME ECHEVERRI

Un camino a James Joyce



James Joyce vivió encerrado en sí mismo.
Y de allí, de la reflexión
sobre su vida
y su tiempo, surgió
una obra rota,
en la que el hombre
íntimo vive
afuera, con sus
desnudas palabras como única arma.

James Joyce le dio un nuevo rumbo a la novela contemporánea. Su *Ulises*, en efecto, parte en dos la historia de la literatura y es uno de los libros con el mayor número de ediciones en nuestro siglo. Y esto resulta increíble, si consideramos que no es una obra de fácil lectura. Pero más increíble todavía es el hecho de haber sido condenada durante años y señalada por la censura inglesa y estadounidense como obra pornográfica y vulgar. Antes de la publicación de *Ulises*, el 2 de febrero de 1922 (2-2-22), al cumplir exactamente 40 años, Joyce gozaba ya de cierto prestigio que le permitió ser recibido con calidez por los círculos inte-

lectuales extranjeros en el París de los años veinte. Prestigio ganado por medio de las publicaciones fragmentadas de *Ulises* en la *Little Review*. Su fama creció como espuma después de la edición del libro. Y como nada resulta vano, los decomisos, la persecución y la injusticia que vinieron después, se convirtieron en características de una leyenda negra que sirvió para difundirlo y promoverlo.

Pero, ¿quién era, quién es Joyce? James Joyce era fundamentalmente irlandés. Esto quiere decir que vivía, respiraba y sentía una atmósfera de nacionalismo y rebeldía contra el dominio británico. En el año de su nacimiento, 1882, el grupo independentista "Los invencibles" asesinó a lord Cavendish en un atentado y, tres años más tarde, cuando nació su hermano Stanislaus, el líder nacionalista Charles Stewart Parnell fue estruendosamente reelegido diputado. Este líder sería luego involucrado en un lío pasional, perdería el apoyo del clero, se le desvincularía del acontecer político y, posiblemente a causa de esto, moriría. Su desaparición le produjo tan honda impresión a Joyce, que escribió en su honor su primer poema antes de cumplir los diez años. Su infancia también estuvo señalada por la constante mudanza de una casa a

12

otra, llevada su familia por un padre jubilado prematuramente y acosado por las deudas. Este deambular por Dublín, y el hecho de haber sido sacado del colegio Jesuita donde estudiaba junto con Stanislaus, uno de sus diez hermanos, para ingresar a la escuela pública, son un par de huellas imborrables para su extrema sensibilidad. Al crecer, el joven Joyce abandonó sus afirmaciones nacionalistas, rompió con la fe católica, llegó a creer en el socialismo y se convenció de la estrechez del medio dublinense. Poco después de graduarse se inscribió en la universidad para cursar medicina, pero finalmente decidió irse a estudiar a París, entusiasmado por el poeta Keats y otros intelectuales irlandeses en el exilio. Las perspectivas en el exterior no fueron como se las habían pintado. Las posibles colaboraciones remuneradas en revistas de Londres no resultaron, y tuvo que recurrir a la ayuda económica de su familia para sobrevivir el año que vivió entre Londres y París.

EL "BLOOMSDAY"

El 16 de junio de 1904 fue una fecha especial para Joyce. Ese día por la noche salió por primera vez con Nora Bernacle, desde entonces su inseparable compañera y con quien llegaría a tener dos hijos y a casarse después de una larguísima vida marital. El flaco y desgarrado joven Joyce conoció a la agradable camarera en una interrupción de su destierro, originada por la muerte de su madre a causa de un cáncer en el hígado. Y el día corriente se transformó en una fecha histórica, pues corresponde a las 18 horas de esa extensa jornada de Leopoldo Bloom en el *Ulises*. El "Doomsday", o el Día del Juicio, que luego los apasionados fanáticos de Joyce llamarían el "Bloomsday", celebrándolo con el mismo desayuno que toma Leopoldo Bloom en la novela: riñón de cerdo, té y tostadas. En octubre de ese año, Nora y Joyce abandonaron Dublín camino a Zurich y Pola, para detenerse unos años en Trieste, donde Joyce se ganó la vida enseñando idiomas para la escuela Berlitz. Allí nacieron sus hijos Giorgio y Lucía en medio de una penosa situación económica, aliviada regularmente por el fiel Stanislaus.

A pesar de la vida difícil Joyce combinó sus deberes con la escritura de sus libros. Continuó elaborando *Gente de Dublín*, desnudo y directo libro de cuentos, e inició, en esa época, su novela *Esteban, el héroe*, que luego transformó y editó con el título de *Retrato de un artista*



adolescente. Pero también se entregó al alcohol, bebiendo buena cantidad diaria de vino blanco, con una fidelidad sólo comparable a la que le tributa a Nora. Con el tiempo, el alcohol le hizo estragos y, esto combinado con infecciones en los dientes, le ocasionó los graves daños en los ojos que le acortaron la vista.

EL PARÍS DE LOS AÑOS VEINTE

Joyce, Nora y sus hijos llegaron a París en 1920, luego de vivir en Trieste y Zurich durante quince años, cinco en la última ciudad como refugiados de guerra. Durante ese periodo el escritor viajó a Irlanda un par de veces en 1909. En la primera llevó a su hijo, y esto le permitió reconciliarse con su padre, quien no le perdonaba su partida definitiva con Nora. Y en la segunda fundó la primera sala de proyección cinematográfica de Dublín, el cine Volta, un negocio que habría de salvarlo de sus penurias si se hubiera quedado para administrarlo. Pero radicarse en Irlanda no estaba dentro de sus ambiciosos y silenciosos planes.

En 1914 fue impreso al fin *Gente de Dublín*, después que una edición anterior fuera comprada y quemada por un hombre misterioso —posiblemente enviado por

la casa real—, conservando sólo un ejemplar que envió al autor. En el 14 inició la escritura de *Ulises*, trabajo al que se consagró con obsesión durante los siete años siguientes.

A instancias de Ezra Pound, con quien mantuvo excelentes relaciones, decidió viajar a París. Entre las dos guerras mundiales, París era, como dice Hemingway, una verdadera fiesta. Llegaban artistas y escritores de todos los rincones del mundo a probar fortuna en la capital del arte y de las modas. Pero sobre todo, llegó una gran horda de estadounidenses quienes, dedicados o no a la cultura, huían de Estados Unidos, de la ley seca y de una actitud poco comprensiva ante quienes abrigaban intereses distintos a los de hacer dinero a toda costa. Y la migración fue mayor después del gran crack económico de 1929. El gran número de angloparlantes en París, entre los que sobresalían Ezra Pound, T. S. Eliot, William Faulkner, Gertrude Stein, Samuel Beckett y Djuna Barnes, hizo necesaria una librería o una biblioteca con una buena cantidad de obras en inglés. Esta circunstancia permitió la aparición de Shakespeare y Cía., un pequeño negocio que además de vender, alquilaba y, en casos excepcionales, editaba libros. El nombre de esta librería y el de su dueña, Sylvia Beach, quedaron en la historia, unidos al título de la obra que divide en dos la novelística moderna, al decidirse y lanzarse a editar *Ulises*, un volumen que estaba condenado a permanecer inédito, dadas las dificultades para hallar editor y los problemas para encontrar a alguien que se atreviera, al menos, a pasarlo a máquina.

EL PLANO DE DUBLÍN

Poco después de salir a la venta, *Ulises* fue sometida a una condena postal y aduanera que obligaba a su confiscación en Inglaterra y en Estados Unidos. Esta situación judicial provocó la aparición de ediciones piratas.



Hasta que el fallo favorable del juez John Woolsey, en 1933, permitió su libre circulación en Estados Unidos. ¿Quién es realmente *Ulises*? Es la novela de un bromista con alma musical. No narra en el sentido convencional del término. Nos muestra el interior, lleno de canciones fragmentadas, poemas, avisos publicitarios, pensamientos vulgares, chistes, el sentir de Leopoldo Bloom, un gris personaje de la clase media, agente de publicidad, desde que se levantaba a las ocho de la mañana del 16 de junio de 1904, hasta que regresaba a su casa en la madrugada del día siguiente. A lo largo de esa fecha hizo varios recorridos por la ciudad hasta encontrar a Stephen Dedalus. Viajes urbanos que parodian las rutas de *Ulises* en *La odisea* y que permitirían reconstruir la capital irlandesa, si llegara a desaparecer. La obra está cargada de referencias ocultas, de llamadas secretas que fueron comunes al hombre dublinense de comienzos de siglo, escritas con tal virtuosismo que puede resultar aterrador. La novela puede angustiar al lector, en la medida en que le muestra su vacío profundo, pero también lo puede divertir, si tiene los elementos para lograrlo. *Ulises* es a la literatura lo que el cubismo a la pintura. Todo esto está muy bien, pero ¿quién era Joyce? Joyce era un hombre sensible, cansado, que dejaba su mano flácida en el saludo. Creía que el sentimentalismo es una de las taras del hombre y que el deber de un artista es ser astuto. Delgado y doblado. Temido y distante. Tanto el resignado Leopoldo Bloom como el rebelde Stephen Dedalus. Uno no se lo puede imaginar en una fiesta. Sin embargo, la biografía de Herbert Gorman termina con un Joyce feliz de poder cantar en una rumba y sacudir todo su cuerpo poseído por la música. Después de la edición de *Ulises*, entre 1922 y 1939 Joyce se dedica a escribir *Finnegans Wake*, vasta novela con un lenguaje tan propio que resulta prácticamente intraducible. Huyéndole a la invasión nazi, se refugió en Suiza donde murió el 13 de enero de 1941. €

James Joyce y sus alrededores

Sin traspasar uno sus puertas, se puede conocer el mundo todo; sin mirar afuera de la ventana, se puede ver el camino del cielo. Mientras más se viaja, puede saberse menos. Pues sucede que, sin moverte, conocerás; sin mirar, verás; sin hacer, crearás.

LAO-TSÉ

Arrojo de mí esta sombra terminada, ineluctable forma de hombre, y la llamo de vuelta. Sin límites, ¿sería mía, forma de mi forma? ¿Quién me observa aquí? ¿Quién leerá nunca en parte alguna estas palabras escritas? Signos sobre un campo blanco.

ULISES, I, 3

DUBLÍN, LA CIUDAD IMAGINARIA

Allá arriba está la torre, principio y fin de aquella historia.

Desde aquí, desde las rocas de la playa de Sandycove, "escucho el rumor de las olas sollozando, / rumor triste como el de las aves marinas / cuando al partir, solitarias, / atienden el grito monótono del viento a las aguas".

Allá arriba está la torre y atrás en el tiempo, hace apenas dos días, quedaron las multitudes en su fiesta del alarido. De todo ese ruido, ¿algo puede rescatarse?

Dice la placa en gaélico o irlandés antiguo: "Túr Sheamais Seoighe", es decir: "James Joyce Tower". En la torre principia el viaje... Y el resto, ¿es sólo literatura?

Mister Sheamais Seoighe, entonces.

—*Bon jour, Monsieur.*

Llegué hablando francés a la ciudad imaginaria... El viaje pudo no haberse realizado. Con la excusa del cansancio,

luego de casi cuarenta días de ir de aquí para allá, en el continente, en confusión de idiomas y de tiempos...

De no haber llegado a la torre, nada habría comenzado. ¿Y ahora?

Esto no es nada. Según entiendo, la escritura puede tomar dos rumbos: el decir y el no decir... A mí me agobia el no decir, y siento —digo esto con toda sinceridad— que entre más escribo más me pierdo.

Pero cuando digo que me quiero hallar, la mano empieza a temblarme, me vuelvo frágil, estúpido.

En el continente le dieron una palabra a mi condición: pasmo.

Pasmo de la escritura. Pasmo de la vida.

Aquí en la torre comienza o recomienza todo.

—*Introibo ad altare Dei*

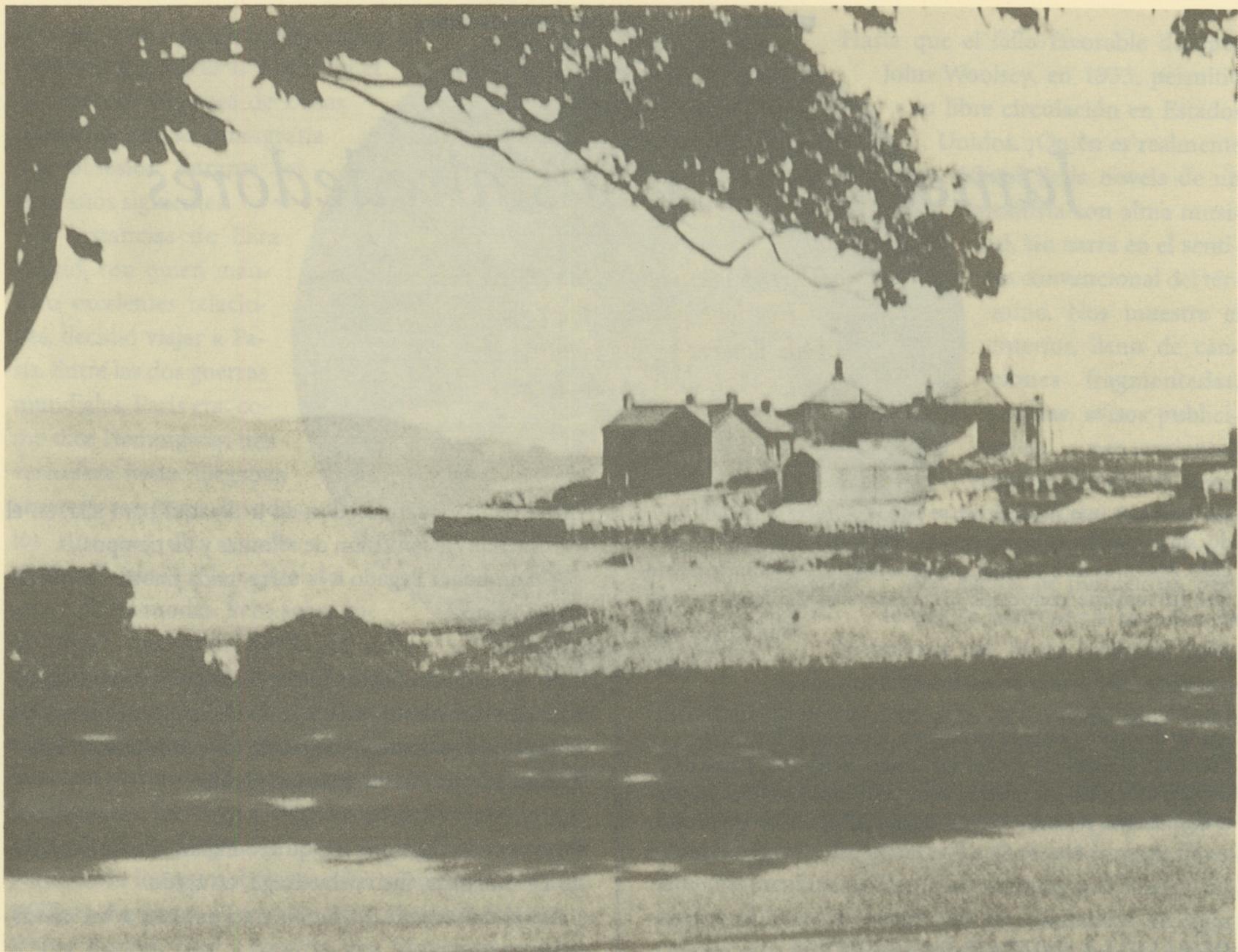
Soy Stephan Dedalus. Despierto la mañana del 16 de junio en la torre Martello, luego de un sueño confuso, y acompaño a mi amigo/enemigo Buck Mulligan al mirador de la torre. Buck lleva un recipiente de barbero rebosante de espuma, una navaja y un espejo, y conversamos mientras se rasura.

—Acércate, Kinch. Acércate, jesuita miedoso.

Pronto debo ir a la escuela, para dar a los muchachos su clase de historia.

—La historia es una pesadilla de la que estoy tratando de despertar.

El primer día en Dublín no existió. Estaba yo en la ciudad, pero seguía en el otro lado del espejo.



En verdad fue como pasar al otro lado del espejo. Iba en el autobús que me llevaría del aeropuerto al centro de Dublín, y empecé a ver las cosas al revés: el chofer conducía del lado derecho, transitábamos por la carretera como en sentido contrario.

Por fortuna, las calles están hechas para desconcertados, como yo, y en las esquinas se lee carrollianamente: *Look right* o *Look left*, “Vea a su derecha”, “Vea a su izquierda”.

Supongo que algunos visitantes no vivieron para contar que la vialidad en Dublín e Inglaterra está alrevesada.

Hago un *tour* a pie con una muchacha irlandesa —Fiona— y una señora neoyorquina. Tres que andábamos por el norte de Dublín visitando los sitios joyceanos. Fiona, que nos guiaba, se detuvo en cierto punto de la ciudad en el que nada destacaba, y preguntó:

—¿Leyeron el cuento “Eveline”?

Luego de una pausa para esperar el *yes* o el *no*, daba la explicación de que en ese edificio o en esa casa o en ese lote baldío... O también:

—Estamos en Eccles Street, donde vivían Leopold y Molly Bloom. Los edificios de la manzana fueron demolidos, y en su lugar se construyó un hospital, pero hay una placa en el lugar donde se supone que estaba el número 7. Los edificios de enfrente son similares a los de la época de *Ulises*. Ésta podría ser la fachada de los Bloom. Recordarán que en la madrugada del 17 de junio Leopold y Dedalus llegan a casa de Bloom, y éste se da cuenta de que olvidó las llaves. Entonces salta la reja y baja a la cocina. Por cierto, ¿leyeron *Ulises*?

Preguntaba Joyce a la querida tía Josephine: “¿Es posible que una persona normal suba por encima de la barandilla del 7 Eccles Street, ya sea desde el sendero o desde las escaleras, se descuelgue desde la parte más baja de la barandilla hasta que los pies queden a dos o tres pies del suelo y

salte sin hacerse daño? Yo se lo vi hacer a un hombre de complexión más bien atlética. Necesito esta información detallada para decidir la redacción de un párrafo”.

¿Y qué párrafo fue ése? Sí, aquí está: “Apoyando sus pies sobre la pared enana [Bloom] trepó por las rejas del patio, se apretó el sombrero en la cabeza, agarró dos puntos en la unión más baja de las rejas y el marco, dejó deslizar gradualmente su cuerpo de cinco pies nueve pulgadas y media de largo hasta dos pies diez pulgadas del pavimento del patio, y dejó que su cuerpo se moviera libre en el espacio separándose de las rejas y agachándose en preparación para el impacto de la caída”.

Un párrafo con historia.

Es ciudad literaria, no en un sentido pedante. Es como visitar Macondo o Comala, lugares imaginarios.

—Vean, ésa es la Media Luna. Allá vivía Pedro Páramo, mi padre.

Pues el mejor guía del “tour *Pedro Páramo*” tendría que ser dos cosas: hijo del cacique y fantasma.

Tuve que cambiarme de la roca en la que escribía —sigo frente a la torre Martello— porque la marea empezó a subir. Y para regresar, habría tenido que nadar.

Traía Fiona unos papelitos arrugados con fragmentos de los libros de Joyce que se referían a los sitios que visitamos en el *tour*.

—¿En cuánto tiempo leyó *Ulises*? —Me preguntó la mujer de Nueva York.

—Dos años o tres —respondí, creyendo que me preguntaba hacía cuánto tiempo había leído la novela, e hice el cálculo de la vez más reciente.

Ellas se miraron asombradas. Entendí mi confusión.

—Dos o tres semanas —pude corregir.

—¿Y no le pareció difícil?

—No, al contrario. Creo que es un libro muy divertido.

Dije *funny*, ¿dije mal? Entre otras cosas.

Sí, allá arriba está la torre Martello, el *omphalos*, principio y fin de todas las historias.

“Los fríos vientos, los grises vientos / soplan a donde vaya. / Los oigo deslizarse, aquí y allá.” ¿Dice así el poema?

Hay tiempo. Por primera vez en muchos meses no tengo prisa para llegar a tal o cual lugar, por enviar tal o

cual escrito al periódico. Es mediodía y las horas pasan con lentitud, en un silencio que sólo rompe la marea. Hay tiempo.

Mi turismo literario es ridículo, pero no puedo evitarlo. ¿Es parte de mi naturaleza? *Je ne sais pas*. Tengo playeras, postales, libros y discos de y sobre Joyce... Habría que explicarlo, porque está mal dicho. Es un libro de Joyce —*Poems and Shorter Writings*—, y otras cosas alrededor de la obra. Los alrededores son muy amplios, y van de discos a postales. Y toda una ciudad, Dublín, es el gran alrededor de los libros de James Joyce. Llevo siempre en la mano *The Ulysses Guide: Tours through Joyce's Dublin*, de Robert Nicholson, como si fuera la Guía Roji. Y cumplo —quiero cumplir— cada uno de los ocho itinerarios...

En las compras llevo invertidas muchas libras. Es Dublín una ciudad peligrosa: por los sentidos contrarios y el turismo literario.

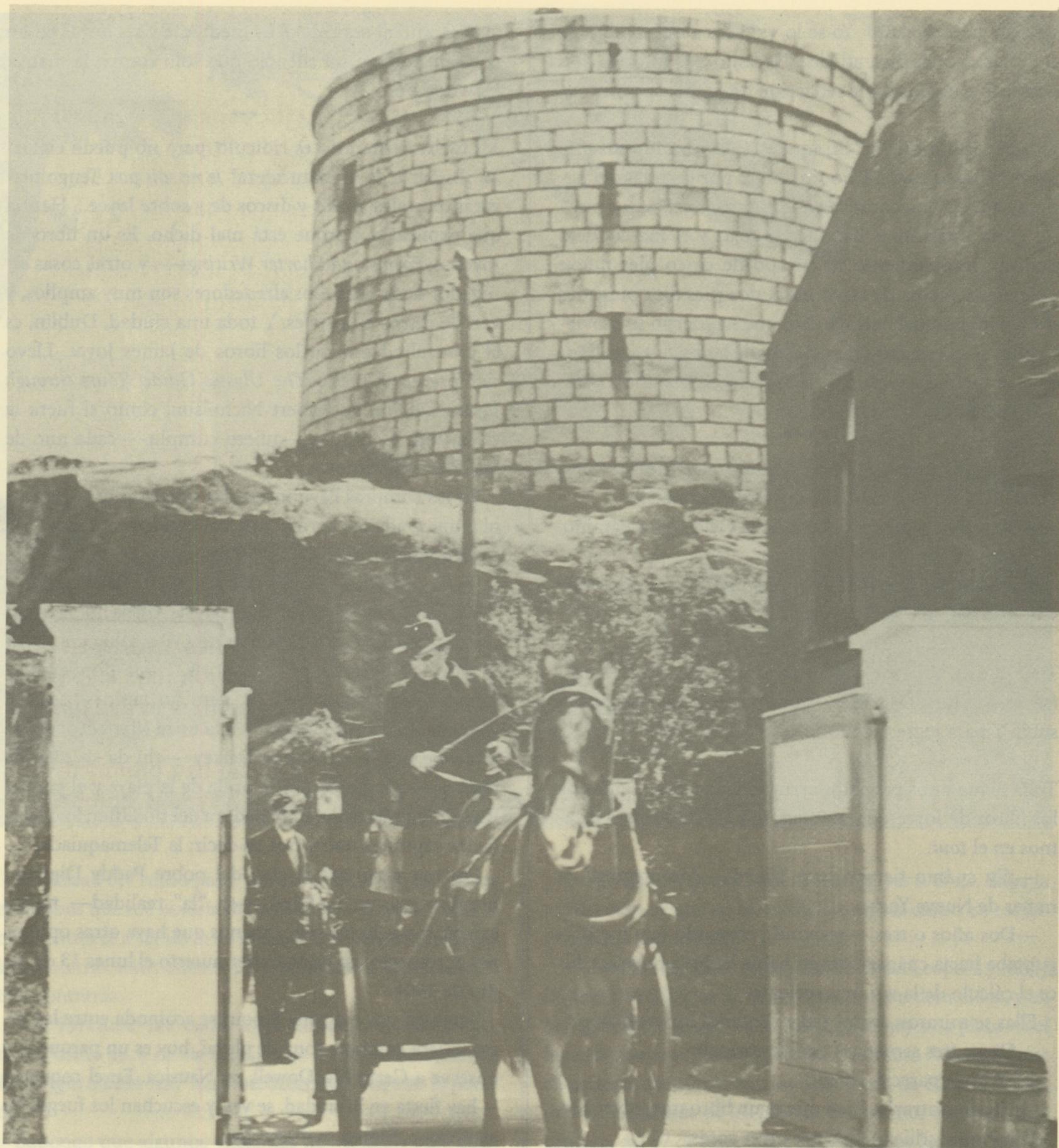
Veo el reloj y me doy cuenta de que llevo seis horas caminando; y en ese lapso de la ruta de *Ulises* sólo cumplí itinerario y medio, de ocho posibles. Hasta donde comprendo —el camino es fácil, pero no tanto—, seguí a Dedalus desde que despertó en la torre Martello, con las estaciones de la escuela en Dalkey —ahí da su clase de historia— y el paseo por la orilla de la playa y el parque Ringsend hasta la desembocadura del río Liffey, lo que va de los capítulos uno a tres, es decir: la Telemaquiada.

Por esa zona está la casa del pobre Paddy Dignam, hombre que en realidad —en “la” realidad— nunca existió, y por lo mismo, a menos que haya otras opiniones al respecto, no pudo haber muerto el lunes 13 de junio de 1904.

También por esa zona Bloom se acomoda entre las rocas —¿era entonces zona de playa?, hoy es un parque— y observa a Gerty MacDowell, su Nausica. En el coqueteo —hay fiesta en la ciudad, se ven y escuchan los fuegos de artificio—, Bloom se masturba...

En este parque hay una gran piedra, escultura que rinde homenaje a Joyce y, supongo, a la erección que provocó en Bloom la pequeña Gerty, alumna de Stephen Dedalus.

Seguí el itinerario 2A con incierta fortuna. La zona está muy cambiada; de 1904 hasta ahora —esto que voy a decir es ridículo— ha habido muchas trans-



formaciones. En ese tiempo no había automóviles, o circulaban dos o tres como gran novedad, entre las carretas.

En el parque vi pasar a un hombre en motocicleta perseguido por un perro. Me causó risa. Al rato, el perro apareció detrás de mí y, silencioso, se fue acercando. No comprendí sus intenciones, e intenté un chifli-

do cariñoso. El perro empezó a gruñir, mostró sus colmillos. Caminé entonces de espaldas, sin dejar de verlo. Y me temblaba el alma, absurdamente.

Leí —creo que en Richard Ellman— que a Joyce un perro ladrando lo aterrizzaba. Agitaba su bastón, nervioso y engarrotado. ¿Esto pasó en Trieste o Zurich? También a Dedalus lo ataca un perro cuando percibe la

ineluctable modalidad de lo visible (“Perro de mi enemigo. Yo estaba simplemente de pie, pálido, silencioso, acorralado. *Terribilia meditans...*”), y a Bloom, cuando escapa del cíclope. Sin bastón, sacudí el portafolios y la bolsa con el *shopping* literario: playeras, postales, una taza blanca con un dibujo a tinta de Joyce, libros..., que eran mis armas.

Se acercó otro perro, como apoyo moral al primero. Seguí caminando hacia atrás, viendo a uno y otro. Sentí de pronto ladridos a mi espalda y pensé que venían más. Pero no: los ladrillos rebotaban, hacían eco, en la pared de una casa o una bodega.

Así, acosado, llegué a una zona de canchas de fútbol y juegos para niños. En la entrada vi un letrero que entre otras cosas prohibía el acceso a los perros. ¿Y los perros sabían leer? No sé, pero apenas entré al campo deportivo dejaron de (per)seguirme.

Mas perdí el camino del itinerario 2A; luego traté de recuperarlo dando la vuelta. En una roca alguien había escrito con pintura blanca: “Lee”, no supe si era nombre o verbo en imperativo y me remití a la novela.

Así me di cuenta de que entre el mapa y el área que recorría, muchas cosas no coincidían... Aquello era una zona industrial, o de embarque y desembarque de cargamento pesado. Gerty y Bloom, ¿dónde estuvieron *realmente*?

Para cubrir el itinerario 2B debía iniciar en el número 9 de Newbridge Avenue, donde nunca vivió ni pudo haber muerto

—pero sí— Paddy Dignam... Y luego, atravesar Dublín de sur a norte, de esquina a esquina. Bloom y los otros personajes que van en el cortejo hacen el recorrido en carreta. ¿Y yo a pie? Eran casi las tres de la tarde, no había muerto que seguir. Y declaré (casi) cerrada la jornada sobre *Ulises*.

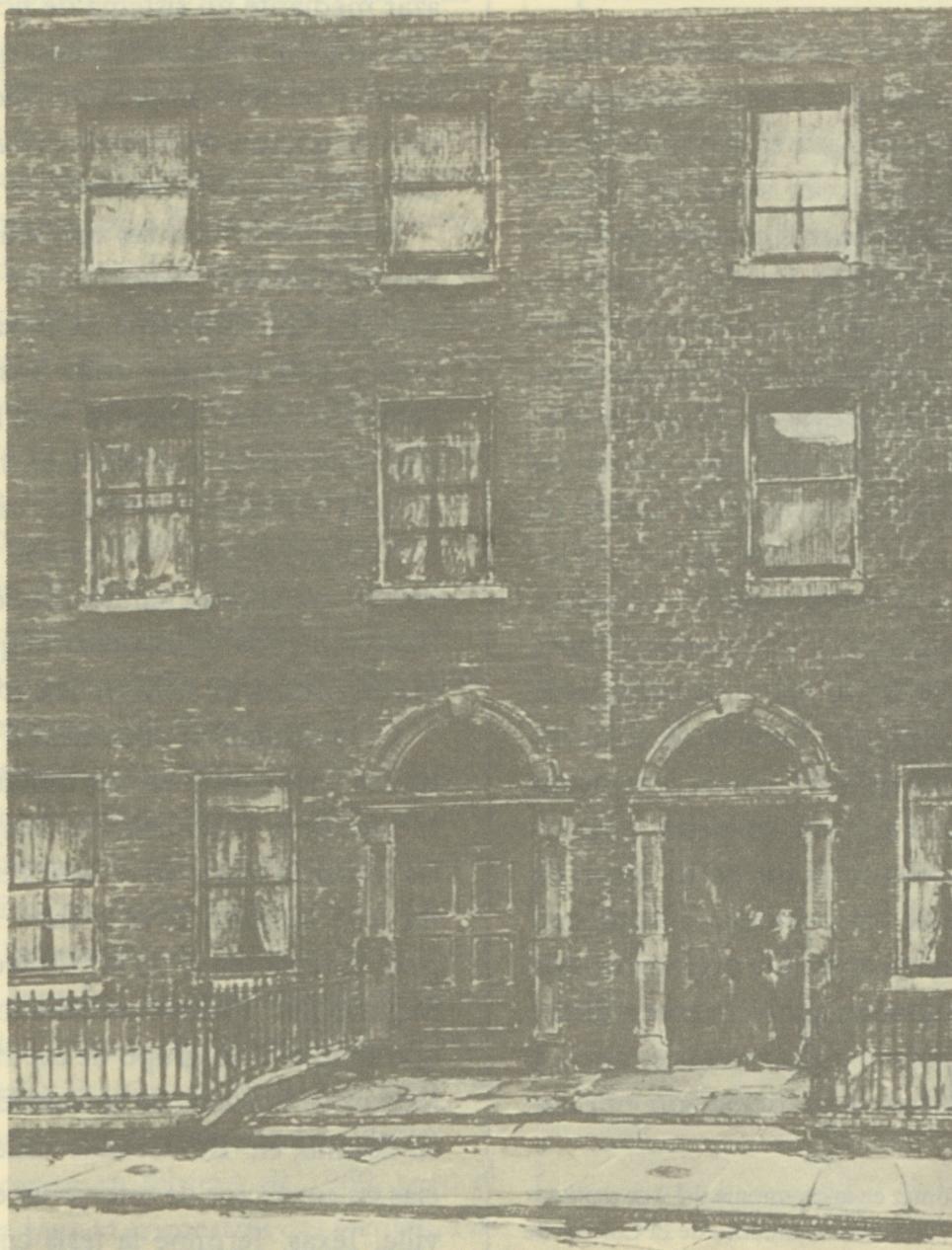
Estoy en la Media Luna, persiguiendo fantasmas.

¿De qué me asombro?, ¿no hay incluso un poema de Chesterton acerca de la tumba del rey Arturo, personaje de ficción?

Down through the rocks where the dark roots dry,
The last long roots of the Glaston Thorn,
Dead is the King that never was born,
Dead is the King that never shall die.

[A través de las rocas y las secas raíces,
las raíces postreras del gran fresno de Glaston,
muerto está el Rey que nunca nació,
muerto está el Rey que no morirá.]

De París a Dublín... O mejor: de una ciudad a otra, del continente a una de las islas, es como cambiar de mundo. Recuerdo aquella película sobre unos astronautas que quisieron dar la vuelta al sol siguiendo la órbita de la tierra. El viaje les lleva la mitad del tiempo previsto. Y en su “regreso” se dan cuenta de que las cosas no son del todo iguales: en sus casas los apagadores no están a la derecha sino a la izquierda. €



MARIO OJEDA GÓMEZ

Retrato con El Colegio de México de fondo

Sr. Presidente de El Colegio de México,
Honorable Junta de Gobierno,
Miembros del Pleno de Profesores del CEI,
Colegas y amigos:

Recibo esta distinción de ser nombrado Profesor Emérito, emocionado y con gran satisfacción. Emoción, porque siento que es el punto culminante de mi carrera. Satisfacción, por saber que cuento con el reconocimiento expreso de mis colegas, de aquellos que son mis pares académicos. Desde el punto de vista profesional, no creo que pueda haber una distinción mayor. Quiero hacer expreso, por ello, mi más profundo agradecimiento al Presidente de El Colegio de México, doctor Andrés Lira, a la Honorable Junta de Gobierno de la institución, a la directora del Centro de Estudios Internacionales, profesora Celia Toro y al Pleno de Profesores del Centro de Estudios Internacionales.

Mi interés por la investigación y la docencia surgió, como para casi todos, durante mi época de estudiante universitario. Ingresé a la entonces Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM en 1951, con la generación fundadora. Allí me encontré con un ambiente estimulante para el estudio, pero solo entre un cierto grupo de profesores y alumnos. Desde un principio advertí que existía una marcada diferencia entre los profesores: por un lado aquellos que se limitaban simplemente a dictar sus cursos o a dar su clase, como vulgarmente se decía y aquellos otros que estimulaban la participación en clase

de los alumnos, mediante la discusión de los temas expuestos. En cuanto a los procedimientos para los exámenes, la diferencia también era marcada. Los primeros examinaban en forma oral sobre un tema asignado al azar mediante un sistema de fichas. Los segundos preferían asignar trabajos escritos, que comentábamos entre todos, y no dejaban para un solo examen final la evaluación de nuestro desempeño. Gran parte de los profesores del segundo grupo provenía de El Colegio de México.

Entre los profesores que eran de El Colegio estaban Moisés González Navarro, que fue quien me trajo a El Colegio, Luis González y González, Catalina Sierra, Arturo Arnaiz y Freg, Carlos Bosch García y Henrique y Pablo González Casanova. Ésta fue la primera impresión que recibí de El Colegio. Fue muy positiva. La segunda sería su biblioteca. Visité por primera vez la biblioteca de El Colegio cuando éste estaba en la calle de Durango. Fue en esa época cuando conocí a Susana Uribe, historiadora metida a bibliotecaria que a mí, a pesar de su fama en contrario, siempre me trató muy bien.

La investigación documental para mi tesis de licenciatura la llevé a cabo en tres bibliotecas: la de El Colegio, la México de la Ciudadela y la Benjamín Franklin. A las tres las recuerdo con gran cariño. Pero para la elaboración de mi tesis también llevé a cabo investigación de campo, pues el tema era el de la "Protección de los trabajadores migratorios". Elaboré un cuestionario para una encuesta que apliqué a un grupo de aspirantes en el Centro de Selección de Braceros de la Ciudadela, los seguí más tarde a su destino, en Rio Grande Valley y estudié las experiencias en conflictos de trabajo en el Consulado de Brownsville, Texas. Terminé la tesis en 1957, pero presenté mi

Palabras del señor Mario Ojeda Gómez en la ceremonia del 9 de septiembre de 1997, en la que fue nombrado Profesor Emérito de El Colegio de México.

examen en 1958. La publiqué ese año, con pie editorial del autor, en un modesto tiraje de 100 ejemplares. Para ello conté, como era la costumbre, con el patrocinio de mi lugar de trabajo, la Secretaría de Gobernación. En esa publicación se plantea la tesis de que los trabajadores mexicanos migratorios son descendientes en línea directa de los *Indented servants*, los esclavos negros y otras migraciones subsiguientes. Que son parte, en consecuencia, del proceso que ha alimentado la demanda insaciable del mercado de trabajo de Estados Unidos por mano de obra barata. Se sostiene también la tesis de que, si bien la corriente migratoria constituye una válvula de escape al desempleo y una fuente importante de ingresos de divisas en el corto plazo, en el largo es una pérdida para México, pues está emigrando lo mejor de nuestra fuerza de trabajo, en cuanto a edad y espíritu de empresa.

Antes de unirme a El Colegio había desarrollado ya también cierta experiencia como profesor. Había impartido cursos de Historia Universal y de México en el grado de secundaria y preparatoria en la UMLA, y en la Escuela Nacional Preparatoria había coordinado por dos años un seminario sobre problemas económicos, políticos y sociales de México.

Sin embargo, mi carrera académica empezó propiamente en 1960. Ese año me uní a El Colegio, que me envió a la Universidad de Harvard para hacer estudios de posgrado con una beca de la Fundación Rockefeller. Resulta que don Daniel Cosío Villegas había decidido crear, en El Colegio, un centro de estudios internacionales y para ello quería formar, en el extranjero, un cuerpo de profesores de tiempo completo y de alta especialización. Don Daniel contaba con el apoyo de la Rockefeller por medio del doctor Kenneth Thompson, distinguido internacionalista y vicepresidente de la Fundación, así como de su amigo Manuel Tello, quien era, en ese tiempo, secretario de Relaciones Exteriores.

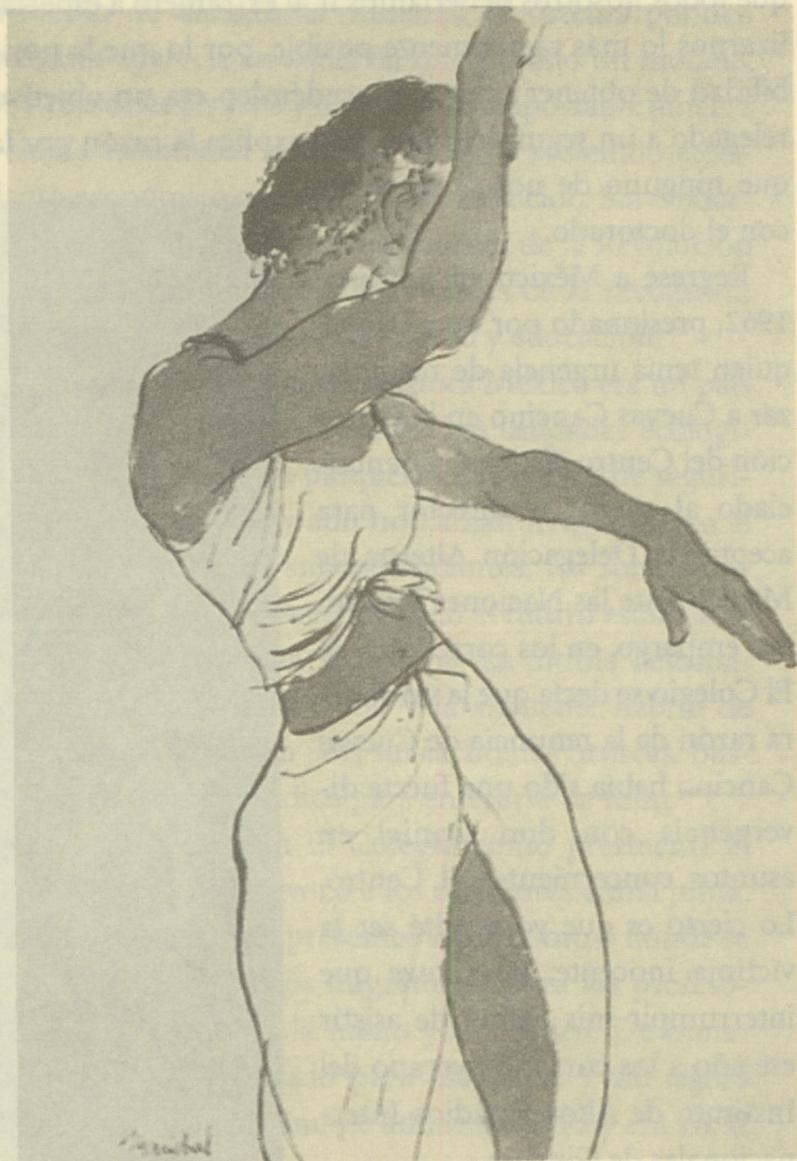
El plan de estudios del Centro se componía de materias formativas y materias informativas, al decir de don Daniel. Entre las primeras estaban Derecho Internacional, Análisis Económico, Teoría de la Política Internacional y Organización Internacional. Para impartir estas materias don Daniel contaba con la colaboración de especialistas reconocidos, como César Sepúlveda, Víctor Urquidi, Hendrick Gall y Francisco Cuevas Cancino. Este último fungía, además, como director del Centro.

Los cursos arrancaron en febrero de 1960, pero el primer número de la revista trimestral del Centro, *Foro*

ro Internacional, apareció antes, en septiembre de 1959.

Para impartir el segundo grupo de materias, que tenían un enfoque por área geográfica, el nuevo centro de estudios había planeado invitar profesores extranjeros, con el apoyo de la Rockefeller. Así es como llegó a El Colegio un buen número de distinguidos académicos extranjeros: Jean Duroselle, de París; Marc Mancall, de Berkeley; Prodyot Mukherji, de India, y otros.

Por otra parte y como ya dije, se había pensado que a largo plazo el Centro debería contar con sus propios especialistas por áreas geográficas y países, de aquí la necesidad de formarlos en el extranjero, donde existía esta posibilidad. Fue así como Rafael Segovia marchó a París a prepararse en Europa Occidental, Roque González Salazar viajó a Londres y después a Moscú, para especializarse en el Bloque Socialista, Manuel Mas Araujo fue a París para estudiar a los países africanos, y Minerva Morales, a la Universidad de California en Los Ángeles, a especializarse en América Latina. Más tarde, Omar Martínez Legorreta fue a la Universidad Johns Hopkins, en la



ciudad de Washington, a especializarse en Japón; Graciela de la Lama se sumó al grupo como responsable de India, y Olga Pellicer, quien había estado en París, lo hizo para la materia de Organización Internacional.

En cuanto a mí mismo, debo decir que fui seleccionado para hacer estudios sobre Estados Unidos y su política exterior (menuda responsabilidad) y para ello viajé a Harvard, como ya dije, en septiembre de 1960. Allí topé con grandes profesores, como Henry Kissinger, Ernest May, Stanley Hoffmann y John Kenneth Gbraith. También tomé cursos con Hans Morgenthau y Karl Deutch, quienes si bien pertenecían en aquel entonces a Chicago y a Yale, respectivamente, vinieron a Harvard como invitados para los cursos de verano.

Estar dedicado a estudiar en tiempo completo fue una nueva experiencia para mí. Yo había hecho mis estudios universitarios en México compartiendo con un trabajo en el Gobierno Federal. Otro descubrimiento eran las listas de lecturas obligatorias que parecían interminables. Fue una gran experiencia.

Debo hacer notar que la idea de don Daniel era la de que todos nosotros deberíamos ir al extranjero a especializarnos lo más rápidamente posible, por lo que la posibilidad de obtener un grado académico era un objetivo relegado a un segundo plano. Eso explica la razón por la que ninguno de nosotros cuenta con el doctorado.

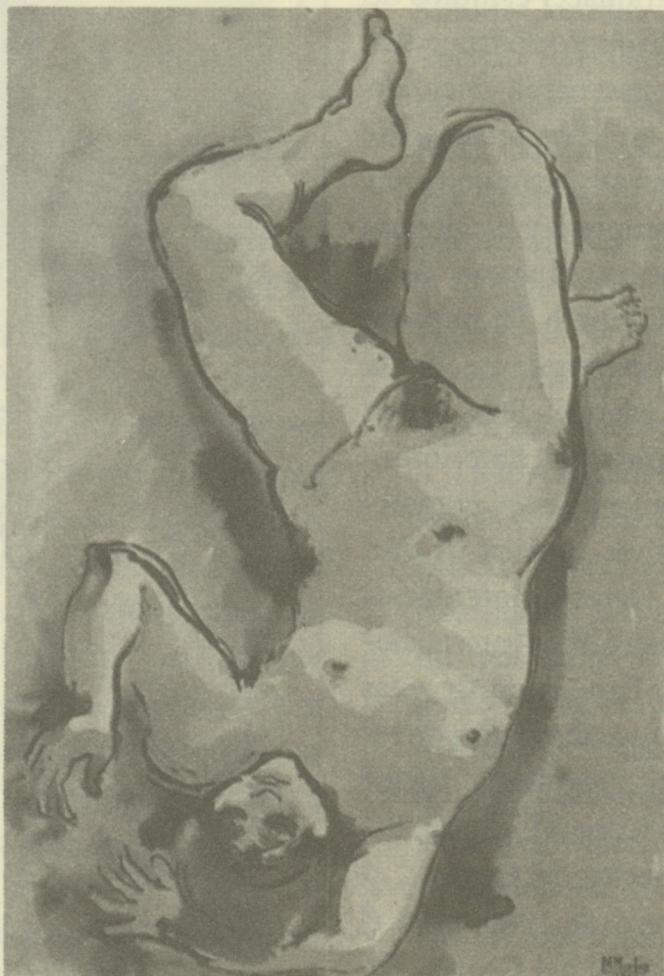
Regresé a México en junio de 1962, presionado por don Daniel, quien tenía urgencia de reemplazar a Cuevas Cancino en la Dirección del Centro. Éste había renunciado al cargo de director para aceptar la Delegación Alternativa de México ante las Naciones Unidas. Sin embargo, en los corredores de El Colegio se decía que la verdadera razón de la renuncia de Cuevas Cancino había sido una fuerte divergencia con don Daniel en asuntos concernientes al Centro. Lo cierto es que yo resulté ser la víctima inocente, pues tuve que interrumpir mis planes de asistir ese año a los cursos de verano del Instituto de Altos Estudios Internacionales de Ginebra.

El 3 de junio asumí el cargo de director del Centro con carácter interino, en un acto de mero trámite administrativo. Algunos estudiantes me hicieron la guerra, pues veían en mí a un intruso, sin el renombre y prestigio de Cuevas Cancino. Esta guerra no tuvo mayores consecuencias. En todo caso, mayor temor me causaban mis colegas, quienes pronto regresarían del extranjero. Mi temor nacía de que pudieran pensar que yo había maniobrado para hacerme de la dirección del Centro antes de que ellos llegaran. Por otra parte, yo sentía no tener nada en especial por arriba de ellos que legitimara mi presencia en la Dirección. Asumí la realidad de ser *primus inter pares*, así se los comuniqué a mis colegas y todo salió bien, por fortuna.

En febrero de 1964 iniciaría sus estudios la que habría de ser la segunda generación del Centro, y los nuevos profesores teníamos que prepararnos para recibirla. Habíamos discutido entre nosotros el plan de estudios de don Daniel y aun cuando lo considerábamos de primera, todos coincidíamos en que su lado flaco era que daba por sentado que los aspirantes tenían un amplio conocimiento sobre su propio país. Así es que nos dimos a la tarea de resumir en un solo curso dos de los ya existentes, que o bien estaban sobrados de tiempo o que no eran áreas prioritarias para México. Con ello se ganó

espacio para introducir dos materias que nos parecían básicas: Historia del México independiente y El gobierno y el proceso político de México. Este cambio irritó mucho en un principio a don Daniel, quien nos dirigió una carta "groserísima", como él mismo solía decir. Pero finalmente llegó a aceptarlo, como lo demuestra el título de uno de sus últimos libros: *El sistema político mexicano*.

Pero lo más importante es que en el Centro nos dimos a la tarea de trascender los enfoques ideológicos y formalistas, que eran los que entonces prevalecían para el estudio de las políticas interna y exterior de México. Decidimos estudiar los poderes fácticos de México, más allá de la



estructura política formal. Así, nos dimos a la muy ardua tarea de estudiar al ejército, la Iglesia, los empresarios y los sindicatos, para dar solamente algunos cuantos ejemplos.

En materia de política exterior de México, los estudios existentes se basaban también en enfoques ideológicos, juricistas o bien en apreciaciones subjetivas y juicios de valor. Ejemplo de esto último era aquel refrán recurrente de que México tiene una vocación pacifista, sin detenerse a analizar si esto se debe más bien a que es muy pequeño para hacer la guerra a su vecino del norte o muy grande para hacerla a sus vecinos del sur.

En 1964 renunció don Daniel a la presidencia de El Colegio por razones de salud y vino de París a sustituirlo, el doctor Silvio Zavala. Silvio Zavala, de quien hablaré más tarde. Venía de fungir como Delegado Permanente de México ante la Unesco, cargo que curiosamente, yo ostento hoy día. Al año siguiente invitamos a don Daniel a dirigir un seminario sobre política exterior de México, invitación que aceptó. Sin embargo, al poco tiempo renunció, también por razones de salud.

Procedimos entonces a invitar a Jorge Castañeda para dirigir el seminario quien aceptó con gusto.

El enfoque de dicho seminario era, valga la redundancia, el del análisis político de la política exterior. En aquel entonces el tema dominante para la política exterior mexicana —y añadiría yo, para el mundo— era el de la revolución cubana y su impacto en el Sistema Interamericano y en la confrontación Este-Oeste. En consecuencia, la mayor parte de los trabajos se orientaron en dirección a esa temática.

Entre los participantes originales del seminario estábamos Rafael Segovia y yo, Olga Pellicer y Bernardo Sepúlveda, quienes acababan de sumarse a la planta de profesores del Centro, y Francisco Correa, quien trabajaba en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Roque González Salazar estaba en Moscú, y Manuel Mas Araujo se había ido de El Colegio.

Para mejor ubicarnos, debo decir que cuando regresé a México transcurría el penúltimo año de gobierno de Adolfo López Mateos, el presidente que había decidido sacar al país de su aislamiento tradicional. El presidente mexicano que fue el primero en visitar, con ese carácter, varios países del mundo. Adolfo Ruiz Cortines había salido al extranjero con anterioridad, pero su visita se limitó a Panamá, para asistir a una reunión de presidentes de América. Fue también a López Mateos a quien tocó sor-



tear la crisis de los proyectiles de octubre de 1962, cuando México se vio entre la espada y la pared, entre las presiones de Washington y la necesidad de defender el principio de no intervención en relación con Cuba.

En aquel entonces, México aparecía, en el escenario regional latinoamericano, como un ejemplo a seguir. En medio de dictaduras militares, el sistema político mexicano aparecía en aquel entonces como un modelo, por su carácter civilista y liberal. Más importante aún era su sólida estabilidad política y el alto y sostenido crecimiento económico que ésta había producido. Sin embargo, el alcance de las conquistas sociales de la Revolución se ponía en duda, frente a los avances de la revolución cubana en materias tales como salud y educación.

A pesar de todo, en aquella época México era un país menos complicado y sofisticado. Las unidades ecológicas se llamaban todavía parques, los módulos de seguridad casetas de policía y aun no habían irrumpido en el escenario público los subcomandantes, los subcolumnistas y la Bolsa de Valores. Lejos en el futuro estaba aun el movimiento estudiantil de 1968. La última devaluación había ocurrido en 1952 y la siguiente habría de ocurrir en 1976. Era un país sin sacudidas bruscas. Bastaba leer un solo periódico para enterarse de todo.

En 1964, al llegar a El Colegio como presidente el doctor Zavala, nos convocó a los directores a una junta. Preguntó quién de los presentes sabía cómo y dónde se tramitaban los permisos migratorios para los profesores visitantes. Levanté la mano yo, el único. De inmediato quedé comisionado para esa tarea. Y así siguió preguntando cosas de índole administrativa y era yo, la mayoría de las veces, quien levantaba la mano y quien

quedaba comisionado para la tarea correspondiente. Luis Muro era en esa época el secretario general y sabía cómo administrar El Colegio, pero para cuestiones internas. Todos los demás colegas eran intelectuales puros, con poco conocimiento y pocas ganas para administrar. En consecuencia, pronto me convertí en una especie de secretario auxiliar, tarea que compartía con la Dirección del Centro. Así fue como empecé mi otra carrera en El Colegio. La carrera administrativa, que se fue desarrollando en forma paralela a mi carrera académica, Aunque creo que más bien fue al revés, puesto que llegué a El Colegio directamente a un cargo directivo. A Omar y a Roque les iba a suceder más tarde algo parecido. Desde su llegada tuvieron que afrontar responsabilidades administrativas. La explicación la encuentro en el hecho de que los tres proveníamos de la Administración Pública.

A fines de septiembre de 1968 dejé la Dirección del Centro para disfrutar mi primer año sabático. Lo hice con retraso de un mes para no transmitir el timón a Roque González Salazar, mi sucesor, en medio de la tormenta desatada por el movimiento estudiantil. Con apoyo de Víctor Urquidí y Joseph Grunwald fui aceptado en la Brookings Institution de Washington como investigador visitante. Esto me permitió gozar de servicios extraordinarios, como poder consultar la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos desde mi cubículo, discutir ideas con colegas de la misma especialidad y fotocopiar documentos al por mayor en forma gratuita. Profesionalmente fue un año muy provechoso. Pude recopilar la mayor parte de la documentación que sirvió de base para mi libro *Alcances y límites de la política exterior de México*.

Regresé al país en septiembre de 1969, dispuesto a emprender la redacción de mi libro, pero en 1970 y 1971 desempeñé otras comisiones, y en 1972 fui nombrado secretario general de El Colegio, por lo que ésta se fue retrasando. No fue sino hasta 1976 cuando el libro se publicó. Sin embargo, yo continué, mientras tanto, impartiendo mi curso *Introducción a las Relaciones Internacionales* con renovado vigor y conocimiento.

Quiero decir algo más sobre este curso, del que guardo un gran recuerdo. Lo impartí por primera vez en 1964 y el último en 1988. Ese último año, abrumado por las responsabilidades de la presidencia de El Colegio, caí en cuenta que me estaba yo quedando rezagado en cuanto a avances en la materia. Impartí ese curso a once generaciones de licenciatura y con ciertas variantes y bajo el título de *Teoría de las Relaciones Internacionales*

tres generaciones de la ya desaparecida Maestría en Ciencia Política.

El objetivo principal del curso era dotar a los estudiantes con ciertos instrumentos analíticos básicos para el estudio ordenado y sistematizado de las relaciones internacionales. Empezábamos por estudiar las más importantes teorías explicativas de la materia, continuábamos con la estructura política internacional prevaleciente; y pasábamos después al centro del curso: los objetivos e instrumentos de la política exterior de Estados. Esta parte la disfrutaba mucho, sobre todo cuando hablábamos de los distintos instrumentos: la diplomacia, la asistencia económica, el comercio como medio de presión política, la amenaza militar y la propaganda política.

En El Colegio impartí también, en el grado de licenciatura, el curso de Historia de las relaciones de México y Estados Unidos, en 1970 y 1972. En los cursos de verano de 1988 y 1989 impartí, en inglés, uno sobre política exterior de México y antes, en 1971, coordiné el Seminario sobre América Latina contemporánea para la Maestría en Relaciones Internacionales, programa que se ofreció en una sola ocasión, y que fue el antecedente de la Maestría en Ciencia Política.

Por cierto, esta última desapareció por decisión de la Junta de Profesores del Centro, que tuvo que tomarse por votación, ante la imposibilidad de llegar a un consenso. El argumento en contra era que los estudiantes se iban a trabajar antes de terminar sus respectivas tesis. Yo argumenté que si se marchaban antes era porque había una gran demanda de nuestros egresados y que eso era la mejor prueba del éxito del programa. Actué en consecuencia, votando en contra de la desaparición de la Maestría, pero perdí.

De mi gestión como secretario general, durante la presidencia de Víctor Urquidí, quiero destacar la construcción del nuevo edificio de El Colegio. Fue una muy interesante experiencia, pero me alejó aún más de mi tarea académica. Aprendí mucho, pero de otras cosas. Recuerdo nuestras frecuentes y largas juntas con los arquitectos Teodoro González de León y Abraham Zabudsky, así como con el ingeniero José Luis Castillo. Gracias a que se formó una comisión para la construcción y cambio de edificio, la sangre no llegó al río y las cosas se llevaron en forma organizada. Recuerdo, como miembros de la Comisión, a Ario Garza Mercado, Adrián Lajous, José Luis Castillo y Carlos Arriola. Lo más delicado de la planeación fue la Biblioteca, pero afortunadamen-

te pudimos contar para ello con la asesoría del experto internacional número uno en la materia, el doctor Ralph Ellsworth.

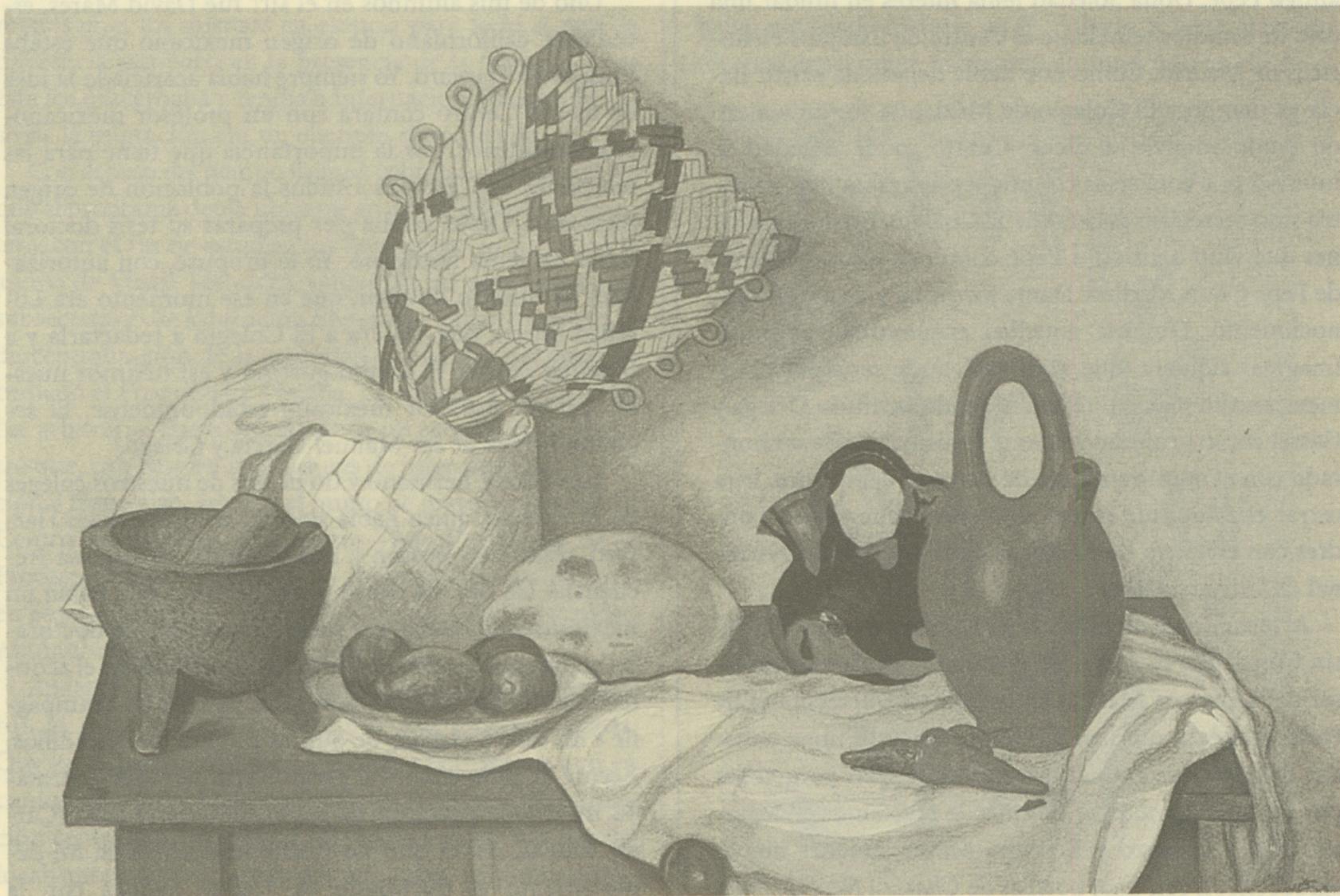
En diciembre de 1976 dejé la Secretaría General y marché a Londres, a disfrutar de mi segundo año sabático. Abordé el avión, me quité los zapatos, hice a un lado el recuerdo del pesado fardo de responsabilidad que dejaba atrás, pedí un whisky doble y empecé a mirar hacia el futuro inmediato. Había yo dejado mi libro *Alcances...*, como hubiera dicho don Daniel, a que corriera su propia suerte y yo me aprestaba a entrar a una nueva etapa de mi vida profesional.

Había sido admitido en el Royal Institute of International Affairs, como investigador huésped. Llevaba la idea de asomarme a la perspectiva europea de la política internacional. Poder superar la servidumbre que tenemos que pagar en México de observarla a esta a través de Estados Unidos. Me planteaba, en el fondo, la posibilidad de redactar un libro de texto sobre relaciones internacionales que tuviera una visión más cercana a la perspectiva de los países latinoamericanos.

Mi estancia en Londres fue también muy provechosa y muy interesante. Debo abrir un paréntesis para relatar algo interesante. Resulta que el CEI había decidido invadir Inglaterra en masa. Olga Pellicer, Lorenzo Meyer, Romana Falcón y Luis Medina estaban en Oxford, de licencia sabática o como estudiantes. Estaba también alguien más de El Colegio de México, aunque provenía en aquel entonces de Colombia. Me refiero a Marco Palacios. Así es que se hacía chorcha y yo viajaba muy seguido a Oxford.

Algo inolvidable para mí son las *High Table*s de Oxford, cenas con menús interminables, en las que se tiene que cambiar de mesa y de interlocutor con cada platillo. Son verdaderos banquetes en los que se puede combinar, sin embargo, la conversación a fondo, de sobremesa con la *small talk* de una recepción.

En Oxford conocí a Pepe Varela, actual vicepresidente del Instituto Universitario Ortega y Gasset de Madrid. Pepe era compañero de estudios en Oxford de Luis Medina. Solían venir con cierta frecuencia a Londres a pasar el fin de semana. En algunas ocasiones, cuando se





sentían nostálgicos de México y España por su comida, venían a hospedarse en mi casa, donde les ofrecíamos guisos especiales y a cambio de ello traían vinos franceses de las cavas subsidiadas del St. Antony's College, que es al que pertenecían.

Fue por aquel entonces que conocí a doña Soledad Ortega, hija del famoso filósofo español y madre de mi amigo Pepe. Doña Soledad tenía interés en fundar una casa de estudios semejante al Centro de Estudios Históricos de Madrid. Como éste había dejado de existir hacía ya tiempo y El Colegio de México se fundó teniendo como modelo a dicho Centro, doña Soledad se interesó por conversar conmigo, pues sabía que yo había sido secretario general de El Colegio. En dos ocasiones que vino a visitar a Pepe comimos juntos, además de Pepe y Luis Medina. Dama muy fina y de amplio conocimiento. Durante aquellos encuentros, no podía imaginar siquiera, que años más tarde sería el primer mexicano en viajar al recién fundado Instituto Ortega y Gasset como profesor-visitante y que habría de ser honrado con el nombramiento de patrono del mismo. Para cerrar este capítulo inglés, debo decir que viajé a Londres con el apoyo de una beca de la Asociación Nacional de Universidades.

Al término de mi estancia en Londres me mudé a París. Con ayuda de Jorge Silva, quien era entonces director de la Casa de México en la Ciudad Universitaria de París, conseguí un departamento. Pasé allí unas semanas deliciosas y también me sirvió de base para viajar por Europa. En nuestra ausencia le prestamos el departamento a Lorenzo y Romana Meyer, quienes nos lo agradecieron con unas botellas de *Chateau Neuf du Pape*.

Durante mi estancia en París conocí a Marie Thérèse Texeraud, estudiante francesa, quien estaba escribiendo una tesis de doctorado sobre la política exterior de México durante el periodo de Luis Echeverría. Se entrevistó conmigo, pues quería conocer mi opinión sobre el enfoque de su trabajo. Marie Thérèse me sorprendió gratamente cuando supe que había leído todo lo que yo había escrito. Por cierto, Luis Echeverría asistió a la presentación de su tesis.

Regresé a México en septiembre de 1977, pero por poco tiempo. En enero de 1978 viaje a Boston, invitado por el MIT como profesor visitante. Esto constituyó un gran reto para mí, pero también una gran satisfacción. Pasé allí un semestre impartiendo dos cursos: uno para graduados, sobre el Desarrollo político de México y otro para graduados y no graduados, sobre las Relaciones de Estados Unidos y América Latina. La carga docente, cuantitativamente hablando, no era demasiado pesada. Los grupos tenían doce y quince estudiantes, respectivamente. Sin embargo, leía yo desde las cuatro de la mañana, pues mi temor era que los estudiantes me fueran a descubrir el Mediterráneo en materia de bibliografía.

Uno de mis alumnos en el MIT fue David Mares, estudiante californiano de origen mexicano que estaba inscrito en Harvard. Yo siempre había acariciado la idea de que el Centro contara con un profesor mexicano-estadounidense, por la importancia que tiene para las relaciones con Estados Unidos la población de origen mexicano. David estaba por preparar su tesis doctoral sobre un tema mexicano. Yo le propuse, con autorización de nuestro director, que en ese momento era Lorenzo Meyer, que viniera a El Colegio a redactarla y a impartir cursos. Él aceptó gustoso y así tuvimos nuestro primer profesor mexicano-estadounidense. El segundo habría de ser Manuel García y Griego.

Luis Sékely, hermano y tío de dos de nuestros colegas de El Colegio, quien había sido mi compañero en Harvard, residía en Boston y nos veíamos con alguna frecuencia. Un día me habló para decirme que había un mexicano que estaba por presentar su tesis de doctorado en Harvard y que no tenía con quien festejar el acontecimiento. Me propuso llevar dos botellas de champagne a mi casa, a cambio de que yo pusiera los bocadillos. Acepté de inmediato y al preguntarle de quién se trataba, me dijo lo siguiente: tal vez lo conoces, se llama Carlos Salinas. Así es que esa noche festejamos en mi departamento el doctorado de Carlos Salinas con la

presencia del festejado, mi esposa, Luis Sékely, y de mis dos hijos pequeños, quienes salían de su cuarto de vez en cuando para robar bocadillos.

De vuelta en México, me dispuse a gozar de mi libertad como simple profesor. El gusto me duró menos de un año. A mediados de 1979 Víctor Urquidi me invitó a fungir como coordinador general académico, pues Roque González Salazar había renunciado al cargo para irse de embajador. Acepté, porque los primeros barruntos de la huelga de 1980 ya estaban presentes y me sentía obligado moralmente a cerrar filas con los míos. De la huelga no deseo hablar, pues ni quiero abrir heridas ya cerradas, ni creo que éste sea el lugar y la ocasión apropiados.

Sin embargo, debo decir que este periodo también tuvo frutos académicos. En 1978 se estableció en El Colegio el Programa de Estudios Fronterizos, bajo la coordinación de Jorge Bustamante, a quien había conocido en un programa de televisión y que me había impresionado positivamente. Muchos estudiosos cuestionaban la existencia de fenómenos socioeconómicos de carácter propiamente fronterizo, argumentando que éstos eran los mismos que se daban en el resto del país. Nosotros argumentábamos, en contrario, que si bien estos fenómenos eran los mismos en esencia para todo el país, la diferencia estribaba en la presencia de la frontera, pues ésta los exacerbaba y tendía a internacionalizarlos. El caso de la migración era un ejemplo claro de ello.

Con el paso del tiempo fuimos cobrando conciencia de que el programa debía ubicarse en algún lugar de la frontera, con el fin de estudiar los fenómenos *in situ*. Con el apoyo de Eliseo Mendoza, quien era en aquel entonces subsecretario de Educación Superior y quien favorecía la descentralización de la actividad académica nacional, se trasladó el Programa a Tijuana. La selección del lugar no fue arbitraria. Fue el resultado de un estudio que encontró que, con base en indicadores de intercambio internacional fronterizo, éste era el punto de mayor actividad. El Centro de Estudios Fronterizos —hoy El Colegio de la Frontera Norte— se estableció formalmente en Tijuana, en asociación con El Colegio de México y la Universidad Autónoma de Baja California en 1982.

Aparte de las críticas ya citadas, en la frontera recibieron al nuevo centro de estudios con escasa simpatía. Que los chilangos vinieran a estudiar la frontera, aun en conjunción con el talento local, les parecía una imposición centralista. Yo mismo fui víctima de la reacción del localismo emotivo. Según me contaron, un comentarista

de radio dijo, en una ocasión, lo siguiente: “Y este Señor Mario Ojeda, quien cree que puede enseñarnos cómo debemos comportarnos, que se regrese pronto por el mismo tren que lo trajo...”

En 1983 viajé a Tijuana, en donde permanecí un semestre académico como profesor visitante del Centro de Estudios Fronterizos. Al ser uno de quienes habían concebido la idea de su creación, tenía interés de participar directamente en su nueva vida, a más de que me sentía obligado a apoyarlo directamente, desde la trinchera misma.

Cuando regresé a México, a mediados de 1983, me empecé a ocupar de otros temas. Así me dediqué a estudiar los conflictos centroamericanos y sus efectos internacionales en general y sobre México en particular. Por aquel entonces había en El Colegio un pequeño grupo de académicos centroamericanos. Su presencia, más el involucramiento de México en los conflictos, por medio del Grupo Contadora, propiciaban el estudio de estos fenómenos. Estaban en El Colegio Román Maorga, quien había sido rector de la Universidad Católica de El Salvador; Manuel Chavarría, también salvadoreño, quien había trabajado en el Banco Centroamericano de Integración Económica, Rodolfo Pastor, hondureño, quien había estudiado historia en El Colegio, y René Herrera, nicaragüense, quien había sido alumno mío en el CEL.



De los trabajos de este grupo salieron varias publicaciones. Yo tengo varios artículos en distintas revistas. Además, con René publiqué en 1983, por medio de El Colegio el libro, *La política de México hacia Centroamérica*, y en 1985 coordiné otro más que se tituló *Las relaciones de México con los países de Centroamérica* y que publicó también El Colegio de México. Por otra parte, tengo un manuscrito sin terminar sobre el tema de Contadora, que para cuando lo publique será ya historia antigua.

En septiembre de 1984 inicié mi tercer año sabático. Los tres primeros meses los pasé en Washington, con una beca de mi hija Paloma, quien en ese tiempo era funcionario de nuestra Embajada. Digo con una beca de mi hija, pues viví y trabajé en su casa durante ese tiempo. Con ayuda de la asistente de Lorenzo Meyer, quien estaba en el Wilson Center y de Rosalba Ojeda, quien trabaja también para la Embajada, pude recabar material documental que llevé conmigo a Madrid.

A España llegué a finales de noviembre de 1984, atendiendo una invitación del Instituto Ortega y Gasset. Mis obligaciones para con el Instituto fueron, en

realidad, pequeñas: debía yo dirigir un seminario de seis sesiones semanales sobre el tema de las Repercusiones internacionales de los conflictos en Centroamérica. Los españoles estaban también en esa época muy involucrados en la pacificación de la región, por lo que el seminario resultaba interesante. Mi otra obligación fue la de participar en un curso colectivo sobre Estados Unidos y América Latina, que el Instituto ofreció en Toledo. En consecuencia dispuse del tiempo necesario para emprender la redacción de un segundo libro de aliento, que se publicó en 1986 bajo el título de *México: el surgimiento de una política exterior activa*.

Guardo muy buen recuerdo de esa temporada. A más de la recompensa del trabajo bien logrado, tuve el gusto de reencontrarme con viejos amigos y hacerme de nuevos. En Madrid me encontré también con Ana Luisa Treviño, antigua alumna mía, quien estaba trabajando en la embajada de México. A pesar del trabajo intenso, tuve también la oportunidad de viajar por España. Visitamos con cierto sistema las distintas regiones del país, aprovechando los fines de semana y los precios increíblemente ba-



jos. Salíamos a los viajes después de habernos documentado sobre los lugares que habríamos de visitar, lo que los hacía más interesantes.

Una mañana de mayo me avisó la recepcionista del Instituto que había un señor que deseaba verme. Era don Antonio Martínez Báez. Venía a notificarme que la Junta de Gobierno había decidido invitarme a ser candidato a presidente de El Colegio. De súbito advertí que el recreo había terminado. Hasta aquel cubículo de la calle de Fortully, la vida real llegaba a llamar de nuevo, reclamando por mi ausencia.

De mi gestión como presidente de El Colegio ya rendí cuentas en otra ocasión. En consecuencia, no hablaré de ello. Podría seguir contándoles mis experiencias y dar cuenta de otras cosas interesantes. Por ejemplo, mi paso por la Comisión Bilateral para el Futuro de las Relaciones de México y Estados Unidos; las conferencias de Talloures para Presidentes de Universidades; o la Comisión Trilateral para estudiar el impacto del Tratado de Libre Comercio sobre la Educación Superior de los tres países, pero no lo haré.

Prefiero utilizar el tiempo que me queda para dos cosas: primero, hacer un recuerdo de mis alumnos y segundo, sacar alguna forma de conclusión de todo lo que les he contado y que han escuchado con tanta paciencia.

En relación con mis alumnos, quiero decir que guardo un gran recuerdo de ellos. Algunos recuerdos mejores que otros, claro está, pero en conjunto el recuerdo es positivo. Varios de quienes fueron mis alumnos habrían de convertirse más tarde en mis colegas y hasta en mis jefes. Éste es el caso de Blanca Torres, Marisol Loaeza y Celia Toro, que llegaron, con el tiempo, a ser directoras del Centro. No menciono a Lorenzo Meyer ni a Ilán Bizberg, pues no fueron mis alumnos. Pero debo mencionar también a Carlos Arriola, quien fue secretario general de El Colegio, y a Luis Medina, quien fue secretario adjunto.

En cuanto a ex alumnos colegas, mencionaré, a riesgo de omitir a algunos, a Sergio Aguayo, Ana Covarrubias, Romana Falcón, Gustavo Galindo, Humberto Garza, Francisco Gil, Bernardo Mabire y Mónica Serrano; Gustavo Vega y Samuel del Villar no fueron mis alumnos.

Debo mencionar también a aquellos a quienes asesoré para sus tesis. Lo hago guardando un orden cronológico: Jorge Lozoya, Rodolfo Figueroa, Ricardo Valero, Gerard Dorcelly, Manuel Millor, Edilberto Cervantes, Ricardo Robledo, Ramón Medina, Antonio Cerritos,

Ramón Penichet, Alejandro García Moreno, Rosario Molinero, Lorenzo Vignal y José de Jesús Álvarez.

Me siento muy orgulloso de mis alumnos. Han destacado en la academia, la diplomacia, la política y algunos, en el sector privado. Los he encontrado exitosos por todo el mundo. Por ejemplo, al llegar a París en octubre de 1995, para desempeñar el cargo que ahora tengo, me vine a encontrar con siete de mis antiguos alumnos. Tres trabajan para la Embajada ante el gobierno de Francia, dos en la Unesco y dos en distintas universidades. Paso ahora a la conclusión.

Llegué a El Colegio en 1963, dispuesto a hacer carrera de por vida. Advertí además, desde un principio, que la institución era mi trinchera idónea. Así como todos escogen causas para justificar su paso por la vida, yo escogí a la educación. Pero a la educación superior, pues era ésta la que yo sentía como vocación y era ésta también, la que tenía como oportunidad.

Siempre he pensado, en lo general, que la educación superior es un recurso muy importante. Pero en el caso concreto de nuestro país, creo que esta es fundamental. No estoy pensando en este momento en la educación superior como promotora social. Tampoco como agente para el desarrollo económico, ni como medio para robustecer la soberanía. No, me refiero ahora a la educación dentro de su función primera, la formación. La educación superior en su función formadora en sentido amplio. Formadora de profesionistas, científicos, técnicos, artistas, líderes sociales, funcionarios y dirigentes en general. Pero una educación superior que no se limite solamente a capacitar profesionalmente. Pues aun cuando esto pueda hacerse con calidad, lo que ya en sí sería un alto logro en nuestro país, no es suficiente. Me refiero a una educación superior que, además de enseñar oficio con alta calidad, sepa transmitir una sólida ética profesional y una férrea vocación de servicio público y social.

Ésta ha sido mi meta en la vida. No sé en qué medida haya yo podido cumplirla. Pero si sé que a ella dediqué mi mejor empeño y mi mayor esfuerzo. No debo tampoco exagerar y hacerme el héroe o el mártir, pues toda esta tarea la desempeñé en la vida con un gran gusto.

Un viejo colega me dijo un día: "Mario, tú y yo nos hemos salvado de la maldición divina, esa maldición que cayó sobre Adán y Eva y su descendencia." ¿Por qué?, le pregunté. Y me contestó entonces: "Porque no tenemos que ganarnos el pan con el sudor de la frente, sino con lo que nos gusta hacer: la tarea académica." €

Mario Ojeda: profesor emérito

Mario Ojeda ha sido caracterizado ya en otras ocasiones por “su espíritu crítico y mesurado”, o bien por su “cautela y diplomacia”, o bien por su pronunciada vocación internacionalista y abnegada labor al servicio de la administración de El Colegio de México, institución donde ha desempeñado durante más de tres décadas las tareas de profesor-investigador, director del Centro de Estudios Internacionales, secretario general, coordinador académico general y presidente. Aunque en todas estas versiones hay valiosos elementos que efectivamente identifican algunos de los rasgos más sobresalientes y distintivos de la persona y de las tareas del profesor Ojeda, considero, sin embargo, que una de las caracterizaciones que mejor lo describe, porque nos lo pinta de cuerpo entero, es una que él mismo dio, sin proponérselo, en 1985, cuando aceptó su nombramiento como presidente de El Colegio de México. En esa especie de “autorretrato involuntario”, el profesor Ojeda no se proponía algo que remotamente intentara emular a las obras de Rembrandt, sino más bien señalar y fijar metas para dirigir a El Colegio de México, sólo que, al describir tales objetivos, ineluctablemente quedó reflejada la personalidad en el programa de acción. Lo cual, por cierto, es algo más fácil de percibir hoy que en 1985, precisamente porque ahora tenemos la ventaja de una visión retrospectiva que nos confirma cómo Mario Ojeda nos cumplió lo que prometió en ese momento. En efecto, al recibir el nombramiento de presidente de esta institución, Mario Ojeda interpretó su elección como un mandato para:

[...] dar continuidad a una obra cercana al medio siglo, dentro de la práctica que evita la grandilocuencia y procura la efectividad [...]

Las empresas desmedidas y los cambios radicales no serán parte de mi gestión. Constituimos una institución académica que privilegia la moderación [...] En consecuencia, espero poder salvaguardar, con el concurso de todos ustedes, nuestra valiosa herencia [...] Pero ello no quiere decir que debemos desterrar el espíritu de innovación que la ha caracterizado. Todo lo contrario. Ahora más que nunca, en esta época de crisis, debemos ser innovadores [pues] la historia nos enseña que son justamente los periodos de crisis los que han estimulado al hombre para encontrar fórmulas de superación. (*Boletín editorial* 3, citado en Josefina Z. Vázquez *El Colegio de México. Años de expansión*, Jornadas 118, pp. 224-225.)

Ahí tenemos pues los rasgos distintivos de la personalidad reflejada en un programa de acción: efectividad sin grandilocuencia, moderación sin cambios radicales, preservación de una valiosa herencia comunitaria y continuidad de la misma, pero sin perder la capacidad de innovación, especialmente en una época de crisis, ética en fin, de la superación y del esfuerzo.

Agreguemos algunos ingredientes más: tradición innovadora con autoridad basada en la prudencia y la sapiencia, solidaridad y compañerismo con los colegas y las generaciones del porvenir, transmisión de las formas y criterios de investigación a las mismas, lo cual puede realizarse hasta con sentido del humor y siempre con una generosa crítica constructiva orientada a moderar los ímpetus y excesos en que a veces hemos incurrido sus colegas o sus alumnos, ya sea como críticos o como defensores del sistema. Exigencia de rigor y excelencia académica, pero con

pragmatismo para adaptarse a los riesgos y desafíos de la revolución tecnológica en los medios masivos de información y comunicación, pero siempre con la mira puesta en apoyar sobre ellos a la vocación eminentemente académica. Y por último, pero no por ello menos importante, trabajar con altruismo en puestos administrativos para la comunidad colegiada, con el fin de que otros puedan disfrutar de la seguridad, la tranquilidad y los recursos para llevar a cabo sin zozobra ni estrecheces sus tareas de investigación y docencia. Con ello tenemos ya los ingredientes necesarios para retratar a Mario Ojeda y felicitarlo por su merecido nombramiento como profesor emérito de El Colegio de México.

Pero hoy me propongo describir también, de una manera un poco más detallada, cuál ha sido la importante labor innovadora de Mario Ojeda en el estudio de las relaciones internacionales, y del análisis de la política exterior de México en particular, no tan sólo en El Colegio de México, sino en todo el ámbito académico del país. Ya desde su primera obra, *La protección de los trabajadores migratorios*, presentada en 1957 como tesis de grado en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Mario Ojeda abordaba un tema de vanguardia en el estudio de las relaciones internacionales de México, no sólo por la naturaleza intrínseca del tema, sino también por la metodología de la investigación, la cual procuraba privilegiar más la atención a los factores políticos y socioeconómicos de la relación bilateral entre México y Estados Unidos que al aspecto estrictamente jurídico-normativo de la misma, según ocurría hasta entonces en el paradigma dominante del estudio de las relaciones internacionales en nuestro país.

La tendencia a contraponer a ese paradigma jurídicista dominante otro enfoque, más bien politológico, que privilegiara la atención a los factores reales del poder, se vio reforzada en 1960 cuando Daniel Cosío Villegas incluyó a Mario Ojeda en el programa de becarios en el exterior, para la formación de la planta de profesores del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Con una de esas becas, Mario Ojeda viajaría a la Universidad de Harvard, y ahí estudiaría, a principios de la década de los años sesenta, no tan sólo *Politics among Nations* de Hans Morgenthau, obra fundacional del análisis contemporáneo de las relaciones internacionales con base en el enfoque del realismo político, sino también a otras obras tan importantes del mismo enfoque como son *La estrategia del conflicto* de

Thomas Schelling, o la *Teoría contemporánea de las relaciones internacionales* de Stanley Hoffmann.

De esas influencias de los años de estudio en Harvard, mismas que pueden rastrearse en las citas de los primeros artículos publicados por Mario Ojeda en *Foro Internacional*, resulta incluso más significativa todavía una referencia verdaderamente vanguardista en México a un libro de 1958 que lleva por título *Nuclear Weapons and Foreign Policy* y cuyo autor se identifica como Henry Kissinger. Mucho antes de convertirse una década después en el gran estratega de la política mundial como jefe del Departamento de Estado de Estados Unidos y cuando todavía era un profesor de Harvard perteneciente a la escuela de Morgenthau, Henry Kissinger sería así leído, expuesto y citado en las clases de Mario Ojeda en El Colegio de México, lo cual ocurrió a partir del regreso del joven profesor al Centro de Estudios Internacionales en julio de 1962.

Sólo que a su regreso, Cosío Villegas le encomendaría al joven profesor la delicada tarea de formar a los futuros internacionalistas de México no nada más con clases y



seminarios, sino también asignándole la enorme responsabilidad de hacerse cargo de la dirección del Centro de Estudios Internacionales a raíz de la renuncia de su primer director, Francisco Cuevas Cancino. El sello que el flamante y joven director imprimiría al Centro de Estudios a su cargo fue definitivo para el futuro desarrollo del mismo, pues, al formar una alianza estratégica con Rafael Segovia, los dos jóvenes profesores emprendieron la reforma del Plan de Estudios de la Licenciatura de Relaciones Internacionales, puesto que éste había manifestado algunas deficiencias al ponerse en práctica en la primera promoción. Tales deficiencias provenían básicamente del universalismo generalizante del plan original que intentaba cubrir el estudio de todo el planeta sin establecer prioridades, al atribuirle una importancia prácticamente igual a todas las regiones del mundo. La reforma de Ojeda y Segovia se preocupó por otorgar así una atención especial “al ámbito internacional real de México” con el fin de dar entrada, en palabras del propio Mario Ojeda

[...] a un mayor interés por las regiones aledañas, los Estados Unidos y lo propiamente nacional. Y así surgieron cursos como Historia de México Independiente, Gobierno y Proceso Político de México, Política Exterior de México y Relaciones Económicas de México, materias –las tres últimas– que sentaron un precedente en el país.” En 1987, con motivo de la celebración de los 25 años de la fundación del CEI, Mario Ojeda recordaba así como esas innovaciones al plan de estudios original de la licenciatura “molestaron en un principio a don Daniel, pero con el tiempo las aceptó como una necesidad, al grado que en sus últimos años de vida él mismo incursionó en el campo del análisis del sistema político mexicano, título que dio a uno de sus libros” (*Foro Internacional*, núm. 107, enero-marzo de 1987, p. 343).

La gran empresa de formar una nueva escuela de análisis de la política exterior de México, con fundamento en un enfoque metodológico de realismo político, estaba ya en marcha. Durante los seis años en que Mario Ojeda dirigió al CEI, se contrataron a los nuevos profesores que le darían el sello distintivo tanto al nuevo programa de la licenciatura de relaciones internacionales, que empezó a funcionar en 1964 con el ingreso de la segunda promoción de estudiantes, como al nuevo enfoque de investigación internacionalista adaptado a las necesidades específicas de México. De esta manera, Olga Pellicer ingresó al CEI para encargarse de la investigación de organismos internacionales; a Bernardo Sepúlveda se le encargaría la

formación en Derecho Internacional Público de los futuros internacionalistas; Rosario Green tendría a su cargo la investigación y la docencia de los problemas contemporáneos de América Latina. Y a Mario Ojeda debe atribuírsele también la responsabilidad –y aquí si ya no sé si para bien o para mal– de haber contratado al protagónico Porfirio Muñoz Ledo para inaugurar el curso de “Gobierno y proceso político de México”. Poco después, con la contratación de Lorenzo Meyer, se inició la retroalimentación del CEI con sus propios egresados.

Junto a estos valiosos elementos, el único programa de licenciatura de El Colegio se apoyó también en la rica experiencia formativa de los profesores del Centro de Estudios Históricos y del Centro de Estudios Económicos. La conciencia histórica, la interdisciplinariedad de las ciencias sociales y la vocación humanista, terminaron por darle el sello definitivo y distintivo en el CEI a lo que algún prominente historiador ha calificado como “la mejor licenciatura en ciencias sociales de toda América Latina”.

Durante la dirección de Mario Ojeda también se instituyó el requisito de la tesis y el examen profesional para obtener el grado de licenciatura, y así, ante el escepticismo y la severa mirada crítica de algunos antiguos miembros de la comunidad de El Colegio, Jorge Alberto Lozoya debió defender la primera tesis de licenciatura del Centro apoyado en su director de tesis, Mario Ojeda, quien según nos confesó un par de décadas después de ese memorable acontecimiento, también él se sintió escrutinado por la severa mirada de la vieja guardia que con sus “impertinentes” se había apoltronado en las primeras filas del Auditorio de Guanajuato 125. Pero todo salió muy bien. La tesis de Lozoya sobre el ejército mexicano era original, rigurosa y novedosa y sentó las bases de una fructífera cosecha de tesis de licenciatura en el CEI de la cual han salido después varios buenos libros.

La vocación diplomática y latinoamericana de Mario Ojeda puede ser atestiguada también por los diversos egresados del CEI provenientes de Centroamérica o del Caribe quienes encontraron solidaridad y una mano amiga en el profesor Ojeda para adaptarse a situaciones que no siempre eran las más hospitalarias en nuestro país. René Herrera, Óscar Vargas, Ramón Medina Luna, Antonio Cerritos, Manuel Araya, Rafael Hernández y Gonzalo Abad, entre muchos otros, han rendido testimonio, en otras ocasiones, sobre la enorme ascendencia que Mario Ojeda ejerció sobre ellos para afianzar los lazos fraternales de México con Guatemala, El Salvador,

Nicaragua, Honduras, Costa Rica, Cuba y Ecuador. Y no sólo entre los egresados del CEI se dieron esos vínculos privilegiados de Mario Ojeda con América Latina, pues estoy seguro que en el Centro de Estudios Históricos, colegas como Rodolfo Pastor de Honduras o Marco Palacios de Colombia respaldarían también lo que acabo de afirmar. Todo esto forma parte de la siempre reconocida vocación diplomática de Mario Ojeda.

Años más tarde, y ya como coordinador académico general de El Colegio, Mario Ojeda se preocuparía también por dar a conocer las características de trabajo de nuestra institución a las universidades del interior de la República, mediante cursos de apoyo a la docencia y la investigación, tal y como ocurrió con los memorables cursos de verano de 1981 y 1982. Pero antes de continuar en la línea de referencia a misiones que se ubican ya más bien en la trayectoria de funciones administrativas desempeñadas por el profesor Ojeda, permítaseme regresar al *leitmotiv* de mi alocución, representada por eso que me he atrevido llamar la configuración, en México, de una nueva escuela de análisis de política exterior.

En efecto, en un artículo pionero sobre el estudio de las relaciones internacionales en México, aparecido en

Foro Internacional en 1964, Mario Ojeda justificaba la autonomía de esa disciplina por tener un campo de estudio propio y una clara delimitación frente a otras ciencias sociales con las que guarda una estrecha relación sin perder por ello su clara identidad como disciplina autónoma. El profesor Ojeda agregaba que el estudio de las relaciones internacionales consiguió su autonomía principalmente por consideraciones de tipo práctico, por “reformas introducidas desde abajo”, y no tanto como resultado de elaboraciones teóricas. El autor proponía así, en un tono de evidente y mesurado pragmatismo, que aunque no podía negarse la necesidad de desarrollar una base teórica para reforzar los cimientos de los estudios internacionales como disciplina científica, con una idea clara de su campo de investigación, constituiría un grave error “enfocar el problema como si se intentara desarrollar una teoría general de las relaciones internacionales”, cuyo solo intento se vería dominado por una “ambición utópica y acaso estéril” (*Foro Internacional* 17, julio-septiembre de 1964, p. 87). El intento de fundamentar teóricamente el estudio de las relaciones internacionales debería hacerse, en todo caso, en un sentido más modesto, mesurado y realista,



creando un "cuerpo de 'hipótesis de trabajo' o 'modelos teóricos' de análisis" para organizar la investigación con mayor solidez y elaborar así una guía de estudio del complejo ámbito de las cuestiones internacionales.

Más aún: con el fin de delimitar los distintos grados de análisis de un enfoque internacionalista, resultaba imprescindible distinguir el vasto campo de las relaciones internacionales en general, del ámbito más manejable y circunscrito de la política internacional y del todavía más delimitado ámbito de la política exterior. Por eso, en ese artículo de 1964, el profesor Ojeda afirmaba que "la materia de las relaciones internacionales constituye en sentido estricto una rama de la ciencia política" (*ibid.*, p. 86). Un ámbito más delimitado que el de "política internacional" sería el de "política exterior", porque mientras la primera noción abarca no sólo a las relaciones puramente estatales, sino a todo el entramado de relaciones políticas del ámbito internacional, la noción de "política exterior" tiene un significado mucho más preciso y concreto al referirse específicamente al conjunto volitivo estatal orientado hacia sus relaciones con otros Estados y sistemas de Estados, así como a las entidades económicas y culturales que representan. La precisión es pertinente porque se puede decir, sin temor a exagerar, que a partir de ahí se ha privilegiado en México al estudio de la política exterior dentro del conglomerado mucho más amplio de las relaciones internacionales, y que el Estado sigue siendo, en consecuencia, "el actor privilegiado" en los análisis de los internacionalistas mexicanos.

Fruto de esta delimitación de funciones sería la aparición en 1976 de la primera edición de *Alcances y límites de la política exterior de México*, obra que sintetiza el resultado de avances parciales de investigación, publicados por Mario Ojeda a lo largo de más de una década en diversas revistas especializadas, capítulos de libros y compilaciones, en las que se puso a prueba la validez del estudio interdisciplinario con elementos de economía e historia, subordinados a un enfoque de realismo político, para configurar el estilo característico de un nuevo enfoque para estudiar la política exterior. Esa nueva escuela, según me atreví a identificarla en un artículo que publiqué en 1989 en el número 116 de *Foro Internacional*, sería aquella compartida, a partir de la década de los años sesenta, por todos aquellos internacionalistas que han recibido la misma formación básica en el enfoque del realismo político, con el fin de analizar diversos aspectos coyunturales de la política exterior de México en términos del obje-

tivo de incrementar o salvaguardar el margen de autonomía estatal, medido éste por el éxito alcanzado en el fortalecimiento de la "política exterior independiente", la "política exterior activa" o la "diversificación de las relaciones con el exterior" (*Foro Internacional* 116, p. 672).

Los libros de Mario Ojeda, tanto el ya citado, como el de *México: el surgimiento de una política exterior activa*, aparecido en 1986, cuando el profesor Ojeda ya era presidente de El Colegio de México, constituyen los pilares en que se basan las aportaciones de esa nueva escuela, caracterizada, por otro lado, con detalles y pormenores en el ya citado artículo de *Foro Internacional* 116. Pero el reconocimiento a esta misma configuración de la nueva escuela de análisis de la política exterior, también ha venido de ámbitos distintos a El Colegio de México. De esta manera, a fines de 1995, al entregarle al profesor Ojeda en Querétaro la "Distinción al Mérito Internacionalista", la maestra Patricia Galeana expresó, en representación de toda la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales (AMEI), como:

Mario Ojeda representa un parteaguas en el pensamiento de los internacionalistas mexicanos, porque sus análisis de la política exterior son los primeros que van más allá del enfoque jurídico-normativo, que caracterizó a los estudios de política exterior en México hasta la década de los sesenta [...] Esa nueva escuela de pensamiento iniciada por Mario Ojeda se consolida [con sus trabajos publicados] como punto de referencia obligada para el estudio y la comprensión de la política exterior mexicana [...] Las diferentes generaciones de internacionalistas mexicanos formados en el país, independientemente de la universidad donde estudiaron, tienen una base común, para todos, porque los análisis de Mario Ojeda en materia de política exterior fueron parte esencial de sus lecturas formativas (Patricia Galeana, "Mario Ojeda, un espíritu crítico y medurado", 1995).

Y en efecto, ya sea en la UNAM, en la Universidad Iberoamericana, en el CIDE; en el ITAM, en Flacso, en el IMRED, en El Colegio de la Frontera Norte, en Puebla, Guadalajara, Monterrey o Jalapa, o en varios países latinoamericanos donde se emprenden estudios de política exterior, el estilo de análisis por el que pugnó Mario Ojeda desde la década de los años sesenta, se encuentra presente de una u otra manera: a veces predomina, a veces se combina con otros estilos y enfoques analíticos, a veces está en minoría, en otras no aparece directamente con su nombre, pero sí con su terminología. Pero de cual-

quier manera, casi siempre acaba por aparecer un justo y merecido reconocimiento a la enorme influencia formativa de sus textos entre prácticamente todos aquellos que hayan obtenido en México un título de licenciado en relaciones internacionales.

El legado académico de Mario Ojeda no se agota, sin embargo, en esta valiosísima aportación. Hay un punto nodal en el que se cruza su trayectoria académica con su trayectoria administrativa, como ha ocurrido también con las de otros ex presidentes de El Colegio de México. Haber servido a la comunidad de El Colegio en diversos puestos administrativos es algo que no siempre es apreciado y reconocido por igual entre todos los colegas de nuestra comunidad. No siempre estamos conscientes, especialmente los más jóvenes, de cómo es precisamente ese tipo de servicio administrativo el que nos ha permitido desarrollar todas nuestras potencialidades de investigación gracias a los recursos que se obtienen para el funcionamiento y prosperidad de El Colegio. A veces tampoco hemos estado plenamente conscientes de cómo las oportunidades que tenemos para escribir en un periódico, ser entrevistados en radio y televisión, recibir invitaciones para participar en seminarios y congresos internacionales y participar, en general, en los mejores foros de la opinión pública nacional, no las tenemos exclusivamente por nuestro prestigio personal, sino que en la mayoría de los casos esas oportunidades nos llegan por el prestigio que El Colegio de México, como comunidad, ha acumulado por más de medio siglo. En el ámbito de las relaciones internacionales y de la ciencia política ese prestigio ha sido amasado, en muy buena medida, gracias al excelente desempeño administrativo de nuestros colegas que han fungido como presidentes de El Colegio. Sin ese apoyo y ese prestigio comunitario nuestra vida académica cotidiana sería inmensamente más difícil. Por ello deseo interpretar este reconocimiento que otorgamos hoy al profesor Mario Ojeda, también como una muestra de nuestro agradecimiento por los diversos servicios que, como funcionario, al frente de la primera línea de batalla, brindó a toda nuestra comunidad distraendo con ello tiempo muy valioso, y a veces irrecuperable, que, en circunstancias más favorables, podía haber dedicado a la investigación y a la docencia. La conciliación entre las dos actividades, la académica y la administrativa nunca dejó de realizarla el profesor Ojeda de manera productiva y

fructífera, pero todos sabemos cuán difícil es de llevar a cabo de todos modos esa combinación, y por ello, deseamos ofrecer también al maestro Mario Ojeda, especialmente los que fuimos sus alumnos, un profundo, afectuoso y agradecido reconocimiento por ese mérito.

Y ya que hablamos de un espíritu comunitario, también debe reconocerse a todos los que han sido directores del CEI, por haber logrado preservar el espíritu original de apertura interdisciplinaria y vocación humanista que Mario Ojeda consiguió imprimirle a ese Centro prácticamente desde un principio. He mencionado ya brevemente a Rafael Segovia, pero no he mencionado a todos los egresados del Centro que desde Lorenzo Meyer hasta nuestra actual directora, Celia Toro, han tenido a su cargo la dirección de nuestro Centro de Estudios para continuar con el espíritu innovador, tolerante y de apertura que le imprimieron sus fundadores que son también nuestros maestros. Gracias a ello, han tenido cabida en nuestro Centro de Estudios líneas de investigación de la vida política nacional, de la administración pública nacional y de otros países, de historia diplomática y de sociología política, de la vida cultural de la ex Unión Soviética expresada en sus novelas, y también de filosofía política y hasta de historia de las ideas ontológicas y estéticas de Alemania, España y Hungría. Todo esto ha salido de la cantera formativa del Centro de Estudios Internacionales cuya comunidad, fundadores y egresados, no sólo la ha tolerado, sino que incluso la ha fomentado con entusiasmo porque, de acuerdo con las palabras de aliento que una vez pronunció el profesor Ojeda ante un proyecto de investigación aparentemente muy alejado de las líneas dominantes de investigación del CEI, "esos proyectos también están muy bien [me dijo] porque recuperan las líneas originales de investigación de la fundación de El Colegio de México".

Si ese mismo espíritu crítico y mesurado, de efectividad sin grandilocuencia, de solidaridad comunitaria con las generaciones futuras, de amplitud de criterio, habilidad diplomática y continuidad innovadora, pero sin rupturas radicales, consigue renovar y darle un nuevo ímpetu a la altruista misión de la UNESCO, entonces podemos congratularnos por el promisorio futuro de esa institución, pues ésta recibe ya el benéfico y creativo esfuerzo de un empresario educativo de arraigada vocación internacionalista como lo es nuestro querido profesor emérito, Mario Ojeda. €

WILLIAM B. TAYLOR

La historia como aproximación al contexto

Es realmente un honor estar aquí con investigadores y colegas tan estimados. Ya se imaginarán cómo conmueve a un extranjero poco conocido fuera de su país y preocupado durante los últimos treinta años con la docencia al grado de la licenciatura, la publicación de su libro aquí en México.

Estoy muy agradecido con mis traductores, Óscar Mazín y Paul Kersey; por el buen juicio, destreza, cuidado, y paciencia con que han realizado este trabajo. Es poco común —y un don inestimable— que un autor tenga la ventaja de colaboradores tan expertos en el arte de la traducción y que son a la vez destacados investigadores de los temas de que trata el libro.

También doy sinceros agradecimientos a Carlos Herrejón, presidente de El Colegio de Michoacán, a Andrés Lira, presidente de El Colegio de México, a Carlos Martínez Assad de la UNAM, y al Departamento de Asuntos Religiosos de la Secretaría de Gobernación por su generoso y constante apoyo al proyecto. Otros colegas, sobre todo de la UAM-Iztapalapa, y la Universidad Iberoamericana, El Colegio de Michoacán, El Colegio de Jalisco, y la Universidad de Guadalajara, que me han brindado su amistad y aliento durante las varias décadas de mis visitas e investigaciones en México. [Entre otros, quisiera destacar a Brian Connaughton, Carmen Castañeda, Carlos Alba Vega, Águeda Jiménez Pelayo, Guillermo Zermeño, Álvaro Matute, Isabel Estrada Torres, y Ana Carolina Ibarra.] Muchas gracias, de verdad, a todos.

Y expreso mi reconocimiento y agradecimiento a Dorothy Tanck, Paul Kersey, Jean Meyer, y Óscar Mazín por sus amables presentaciones, preguntas y críticas justas.

A modo de responder quisiera explicar en breve lo que animó la investigación y la historia que contiene.

La insurgencia de 1810 y otros movimientos hacia la independencia formaron un proceso sumamente complejo, que abarca más que la Ilustración y las semillas del liberalismo. Había también bases conservadoras en un sentido amplio desde el principio. La religión, las tradiciones, y las costumbres legales podían servir para una crítica fuerte del Estado colonial tardío. El deseo y la voluntad de practicar en una forma la caridad cristiana en la vida pública podría ser una idea revolucionaria. En los primeros años de la insurgencia, en que muchos sacerdotes, incluso un centenar de curas y vicarios, desempeñaron un papel importante, la teología moral se hizo una gramática de oposición justa a la manera de gobernar España en América, como han reconocido y demostrado en forma brillante Carlos Herrejón y Brian Connaughton.

Hace poco, un colega mío en estudios latinoamericanos de la Universidad de California me preguntó si me había metido en esto de los curas párrocos y sus feligreses como un acto expiatorio por haber pasado varios años en el estudio de la embriaguez, el homicidio, y la rebelión. De mis motivos inconscientes no puedo decir mucho, pero diría que había otras razones que tienen más que ver con el esfuerzo de hacer y profesar la historia, un esfuerzo en que están entretejidos estos estudios.

En estas investigaciones he tratado de entender historias local, regional, colonial, imperial, y universal, y lo que el novelista Richard Bausch llama "the obdurate forces of love" (las fuerzas obstinadas del amor) —es decir, las varias experiencias de la práctica cotidiana del amor

en condiciones de desigualdad, con sus posibilidades de conflicto, temor, violencia y aguda decepción, tanto como de esperanzas, simpatía desinteresada, fe y comunión. He tratado de entender esta historia (más bien estas historias) por medio de los temas y fuentes primarias que podía encontrar, y estudiar los documentos a la vez como textos y fuentes directas e indirectas de los acontecimientos que representan. Por la investigación de la embriaguez, el homicidio y la rebelión quería entrar en la historia social y cultural de los pueblos de indios y la manera de gobernar de los Habsburgos y Borbones en dos regiones, guiándome por hechos ricamente documentados en los archivos criminales. El título del libro que resultó ha sugerido a varios lectores una historia de alienación y destrucción de las estructuras sociales. Pero no lo es. Tampoco es *Ministros de lo sagrado* un libro estrechamente limitado a los curas párrocos. Intenta entenderlos dentro de sus medios, con los feligreses y alcaldes mayores y comerciantes, y maestros de primeras letras, y obispos, y los demás; dentro del medio colonial, sobre todo en sentidos políticos y sociales que abarcan cuestiones del poder y la hegemonía.

Hace veinte años —ya con varios años en la carrera— me di cuenta de que si pensara profundizar más en la historia novohispana para mis alumnos estadounidenses y para mí mismo como historiador, no podría dejar aparte la religión y la Iglesia, como si hubiera una verdadera separación entre la religión, la sociedad y la política. Son fundamentales para esta historia. Además había una documentación abundante sobre los curas párrocos en que se despliega la experiencia más amplia que quería entender y tomar en cuenta.

Esto de tratar de abarcar historias más amplias expresa mi deseo de practicar la historia como la imaginaba Edward Thompson —es decir, la historia como la disciplina afanada en contextualizar— *the restless discipline of context*, como decía él. En este último libro no me interesé sólo en un lugar en particular, o sólo en un aspecto del tema de los curas párrocos y sus feligreses, como las cofradías, las obvenciones, la liturgia, o el papel político o social o económico o judicial de los curas párrocos. Me interesé en los curas

párrocos en sus parroquias y doctrinas, en vez de una historia estrechamente institucional de curas y curatos.

Es un tema con pocos límites —elusivo y sin posibilidades de completar. Esto es precisamente lo que quería. Si aceptamos la invitación ecuménica de Thompson a los trabajos sísifos, y si pienso ir más allá en esta empresa de contextualizar y a mantener en juego mis años de abarcar preguntas sin responder sobre una historia a la vez local y total, y de aprender por medio de mis equivocaciones y pequeños descubrimientos, entonces los contextos necesitan continuar creciendo y entrelazándose. Hay varias historias en el libro, y un esfuerzo por preservar la lengua apasionada del tiempo. La historia principal depende de la cultura política en un periodo de cambios notables, en que la cultura política se hacía amargamente disputada. Es la historia de sacerdotes en servicio activo cuyo sentido de sus compromisos e intereses cambiaba menos que sus circunstancias que, a su parecer, lo hacían vertiginosamente. Existe también el hilo de una vida política local de pueblos de indios del Arzobispado de México y del Obispado de Guadalajara en que las autoridades no podían simplemente imponerse, pero en que, a la vez, los vecinos se hacían participantes en la lógica colonial más que actores contra o ajenos a esa lógica.

En este libro se encuentran varias fuentes y muchas notas. Por supuesto, no hay un solo documento clave para tal investigación. Antes bien, para buscar la historia en prácticas y relaciones tan diversas, dispersas y elusivas, se necesitan las huellas de muchos casos, acontecimientos, individuos e intercambios.

Pero una fuente en particular no dejó de estar a la vista desde los principios de mi investigación, y en cierto sentido sirve de piedra de toque para la historia principal del estudio. Es un largo y a veces pesado y quisquilloso libro que incluye mucha teología moral, intitulado *El itinerario para parochos de indios*, por un obispo de Quito, Alonso de la Peña Montenegro, publicado por primera vez en 1668. Es el primer libro del periodo que toqué al empezar la investigación en la biblioteca Bancroft de la Universidad de California, en 1979. El ejemplar de



la Bancroft, publicado en 1698, es único porque en sus márgenes un cura de almas de la parroquia de Tlaltenango, Zacatecas, al final de la década de los 1750, escribió muchas notas. Al principio solamente me despertaron la curiosidad las anotaciones del cura. No reconocí que tenía a la mano el manual indispensable de los curas párrocos de la Nueva España en el siglo XVIII —el compendio de la teología moral y guía de la vida parroquial y la administración de los sacramentos que muchos poseyeron y leyeron con esmero. Había seis reimpresos de este libro, el último en 1771, y muchos ejemplares aparecen en los testamentos de los curas párrocos y sus vicarios en el siglo XVIII. Gracias a las investigaciones de Carlos Herrejón y a una lectura del libro, con el tiempo me di cuenta de su importancia y del hecho de que si los curas párrocos de la última mitad del siglo XVIII lo habían leído como fieles discípulos, hubieran encontrado mensajes con posibilidades explosivas en el sentido político. Era uno de los pocos libros plenamente asimilados por José María Morelos, del cual el Siervo de Dios y de la nación aparentemente sacó sus ideas de la justicia social y política. Al leerlo uno siente la aguda disyunción entre la preparación de los curas para su ministerio y la gama de las reformas borbónicas, especialmente las que pretendían redefinir su papel público y judicial desde mediados del siglo XVIII. Curiosamente, los reimpresos del *Itinerario*, hasta el último en 1771, no enmendaron el texto para conformar con el espíritu de las reformas borbónicas y la visión de un papel público muy reducido para los curas párrocos.

Años después, volví al ejemplar de este *Itinerario* de la Biblioteca Bancroft con más conocimiento de su contenido, su historia, y la trayectoria de las reformas borbónicas en cuanto a la Iglesia. En las notas que escribió este cura de Tlaltenango encontré sus inquietudes y zozobras en un momento largo y clave para los curas párrocos. Encontré un diálogo con su exhaustivo manual de ministros que trazaba una jurisdicción amplia y elevada para los curas en la vida pública de los feligreses, un papel judicial patente, y una exhortación urgente de proteger a sus feligreses indios y vigilar sus vidas familiares y privadas como un paso imprescindible hacia la salvación de sus almas.

Así, en vicisitudes de este libro y sus lectores, encontré el meollo de la historia principal que se ramifica en los capítulos de esta historia de los curas párrocos en sus curatos a fines de la colonia.

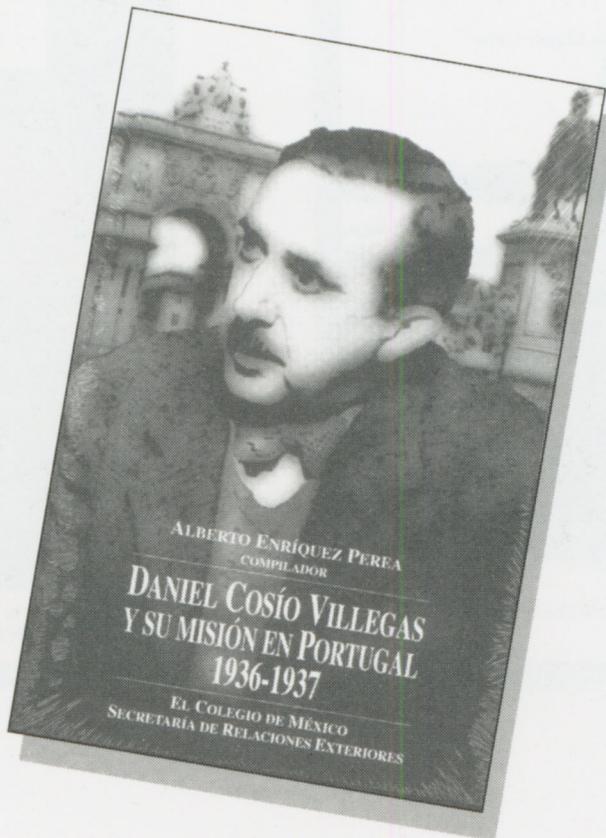
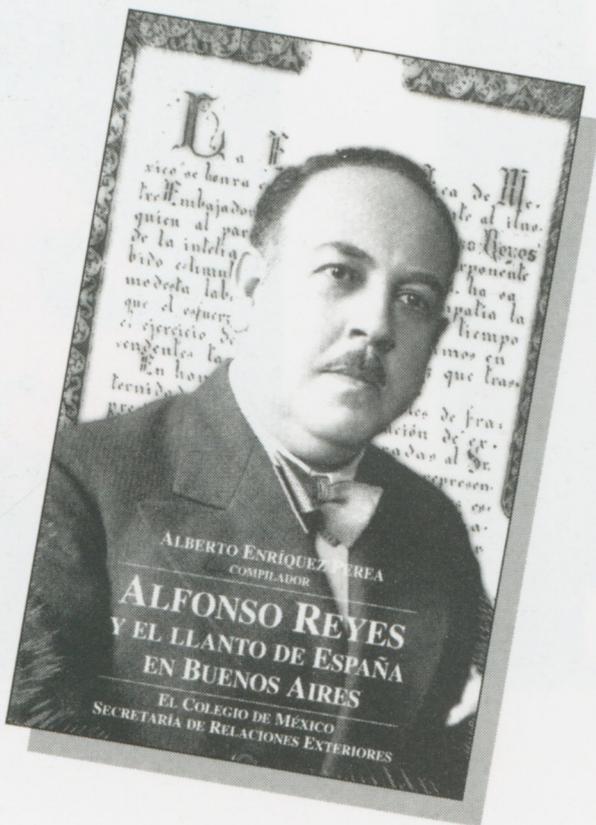
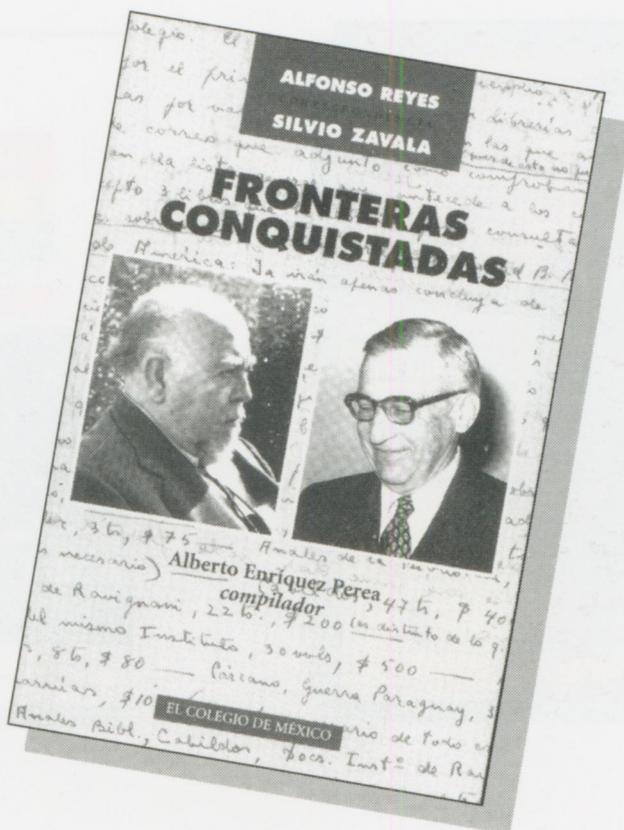
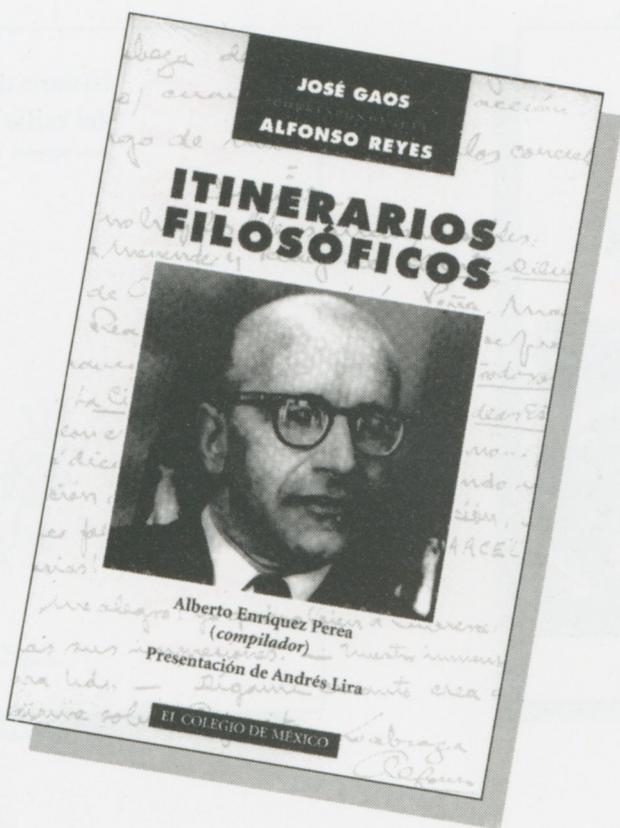
Hacer la historia siempre es una aproximación, y nuestras fuentes primarias más ricas y jugosas son aproximaciones, también, salvo de sí mismas. Como decía el gran historiador del arte, E. H. Gombrich, "Unlike scientists, who have had many reasons since the time of Archimedes for shouting Eurika!, we humanists have been less fortunate, for the obvious reason that the events we try to explain tend to be immensely complex and can never be reduced to one easily formulated law, which we may describe as the cause of the event." Es decir que los historiadores y humanistas en general no tenemos la ventaja que tienen los científicos en sus explicaciones de fenómenos bien controlados, con pocas variables. Los sucesos, episodios, y patrones que tratamos de describir, entender, y explicar son de inmensa complejidad y no se reducen a leyes fijas que podemos precisar.

El significado que descubro en las fuentes es inevitablemente parcial. No importa cuán numerosas sean, ni las escrupulosidades que manifiesto en estudiarlas, el significado siempre será incompleto e inseparable de mi personalidad y experiencia. Aún así, creo que el saber histórico puede y debe ser algo más que otra manera de hacer la política y justificarse a uno mismo. Todas las historias contadas del pasado no son de la misma certeza y confianza, del mismo peso. El estudio de la historia puede ser un ejercicio que trasciende en alguna forma las experiencias personales de los que la estudian, que va más allá para reconocer diferencias y lugares comunes de la experiencia humana y llevarlas al relato. Considero que un compromiso sostenido con las fuentes primarias —con sus huecos, engaños, opacidades y todo— es una de las mejores maneras de agrandar y refinar mis preguntas y tratar de mantenerme abierto a la sorpresa para poder acercarme un poco más a la visión de Thompson para el historiador y a una representación amplia y justa del pasado. Muchas gracias.

William B. Taylor, *Ministros de lo sagrado. Sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII*. Traducción de Óscar Mazín y Paul Kersey. México. Zamora, El Colegio de México-Secretaría de Gobernación (Subsecretaría de Asuntos Religiosos)-El Colegio de Michoacán, 1999, 2 vols. 856 pp.

- Palabras del autor leídas el jueves 13 de mayo durante la presentación de la obra en El Colegio de México, en la que participaron Jean Meyer, Dorothy Tanck de Estrada, Andrés Lira, los traductores, además del autor. ©

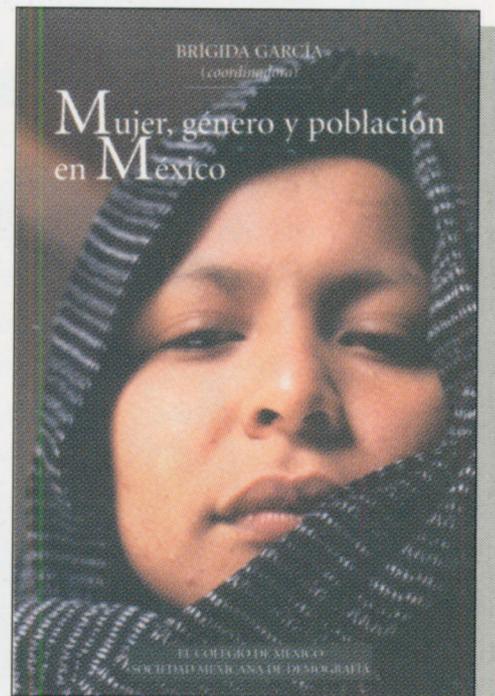
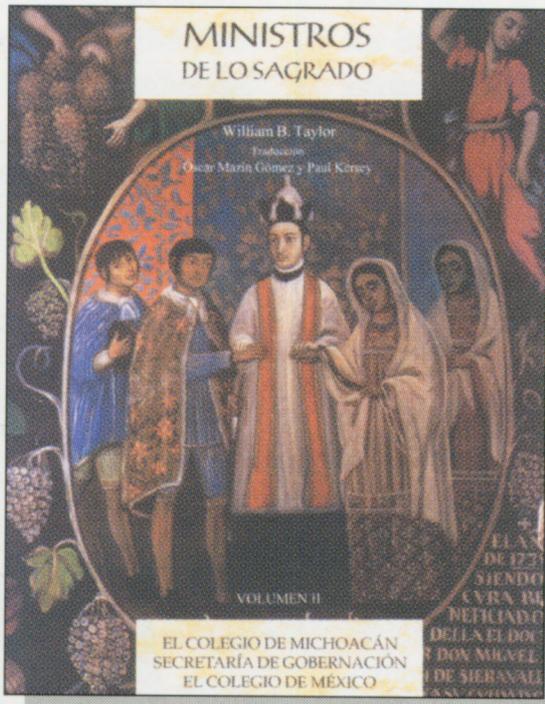
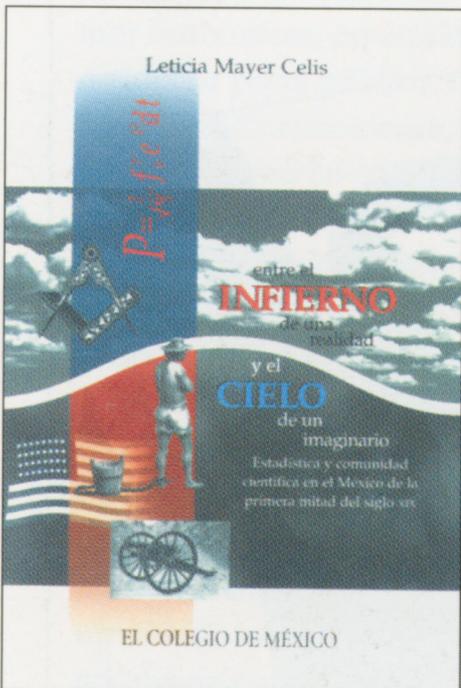
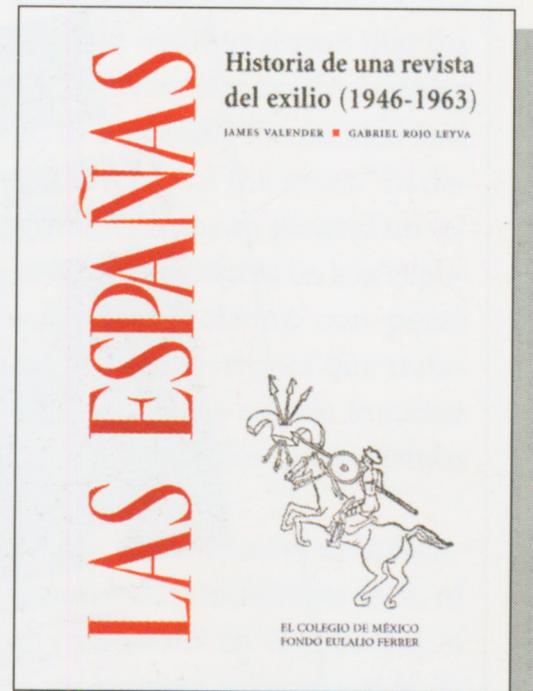
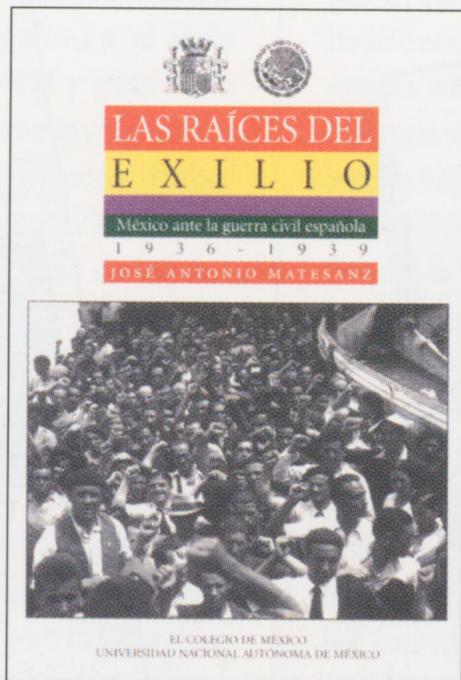
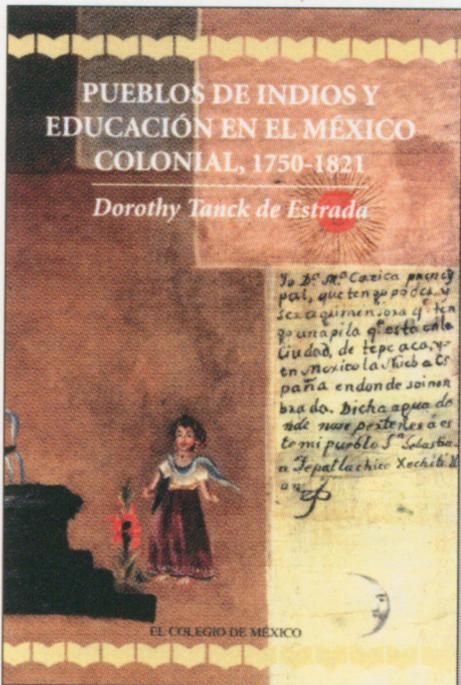
Colección Testimonios



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20 Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx

Publicaciones recientes



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx